DON JOSÉ MARIA DIAZ.

PARA VENCER, QUERER.

COMEDIA ORIGINAL EN CUATRO ACTOS,

SU AUTOR

DON JOSÉ MARIA DIAZ.



N.° 162.

MADRID—1851.
IMPRENTA Á CARGO DE C. GONZALEZ: CALLE DEL RUBIO, N.° 14.

A DOÑA MATILDE DIEZ

Y

A DON JULIAN ROMEA.

Su amigo y apasionado

J. M. Diaz.

PERSONAGES.	ACTORES.
INÉS.	Doña Matilde Diez.
BEATRIZ.	Doña Josefa Palma.
ALFREDO.	Don Julian Romea.
VIZCONDE.	Don Florencio Romea.
GENERAL.	Don Antonio de Guzman.
ARTURO.	Doña Josefa Noriega.
LUIS.	Don Antonio Lozano.
MANRIQUE.	Don M. Sotomayor.
BLAS.	Don N. Cabello.
AMBROSIO.	Don J. Gaspar.

ACTO PRIMERO.

Gabinete amueblado con elegancia: dos veladores; chimenea; puerta á la izquierda; puerta en el fondo; periódicos sobre uno de los veladores.

ESCENA PRIMERA.

INÉS. *El* GENERAL. *El* VIZCONDE. ALFREDO. *El* GENERAL *da el brazo á* INÉS.

GENERA. Soberbio, querida Inés!
VIZCON. Buen café!..
GENERA. Mejor comida!...
ALFRED. Pasamos tal cual la vida...
GENERA. Gran cocinero!
VIZCON. Lo es...
INES. La duquesita del Huerto
le despidió: vino á mí
y al punto le recibí.
GENERA. Me ha dado un buen rato...
VIZCON. Cierto.

GENERA. Qué dice usted?
VIZCON. Corroboro
lo del buen rato...
GENERA. Qué vista
la de la mesa!... Un artista
de esa especie es un tesoro!
VIZCON. No le elogia usted bastante...
y despues aquel primor
de Inés...
GENERA. (*Aparte.*)
De Inés? Pues, señor,
no me gusta este danzante.
ALFRED. (*Al General.*)
Se me figura que aun
conserva usted la aficion
antigua...
GENERA. Un poco tragon?...
INES. No mas que un poco?
GENERA. Segun...
no siempre hay hambre.
INES. Así es.
GENERA. Sóbrio me hallarán las gentes
con tal de que tú te sientes
junto á mí, querida Inés.
INES. Flores á mí?
GENERA. La verdad.
INES. Gracias, tio
GENERA. No te asombres,
rica flor, que algunos hombres
codician por vanidad.
ALFRED. Sabe usted que no le he visto
jamás de tan buen humor?
Que á ser celoso...
GENERA. El amor
se me olvidó, vive Cristo!...
Pero no porque yo olvide
lo que es forzoso olvidar,
dejo de ver que un altar
tan cándida imágen pide.
Me gustas mucho!
VIZCON. Y á mí...
ALFRED. Está usted fuerte...
GENERA. Eso es hoy:
me olvido de lo que soy
recordando lo que fuí:

que á mi edad, lo regular,
lo que hacen al cabo todos,
es vivir de varios modos
dando gusto al paladar.

INES Pues si no ha cumplido usté
cincuenta y seis!..

VIZCON. Ni soñado
cumplirlos.

GENERA. Se ha equivocado:
treinta años en cada pié
y un pico; mas no me quejo
que tambien á nuestra edad
se tiene felicidad
y gozo aunque soy ya viejo.

INES. De veras?

GENERA. Oye, sobrina:
dos senderos á la vez
francos deja á la vejez
la omnipotencia divina.
El uno de movedizo
cimiento, lleno de atrancos,
de zarzas y de barrancos,
quebrado y resbaladizo:
senda difícil que huella
el hombre, Inés, sin notar
que en su marcha ha de dejar
pedazos de su honra en ella:
el mundo en su comezon
de dar á las cosas nombre,
le ha dado el que halaga al hombre
por lo pomposo... «ambicion.»
En tal vereda es delirio
pensar encontrarme á mí;
jamás partidario fuí
de la palma del martirio.

INES. Y el otro camino?

GENERA. Es llano
y tan sabroso de andar,
como agradable tocar
la blanca piel de tu mano.
Consiste, y á Dios bendigo
pues tanto bien me otorgó,
en vivir cual vivo yo.

INES. Prosiga usted...

GENERA. Ya prosigo.

INES. (*Sentándose al lado del General.*)
Vizconde, atencion.
GENERA. Del dia
la luz primera me aburre;
ni por capricho me ocurre
saludar la aurora fria;
dejo mi cama á las diez
y siempre me afeito yo,
pues nunca me enharinó
ningun rapador soez;
en seguida me aderezo,
que en el mozo y el anciano
andar muy limpio es muy sano;
despues oigo misa y rezo.
VIZCON. Exórdio de buen agüero
y de eclesiástico aliño.
GENERA. Qué quiere usted? Desde niño
he honrado á Dios lo primero.
Vuelvo á casa y ya me espera
dentro de mi gabinete
el matutino banquete,
blason de mi cocinera;
moza de tal condicion
por lo entendida y discreta,
que no la vió mas completa
en su Vizcaya el Nervion.
Un biftec con sus arreos,
un frito y algun asado
que entre bocado y bocado
sazono yo con Burdeos;
pasas, almendras y tal
cual dulce de buen sabor
con su taza del mejor
café por lo estomacal...
todo esto, querida Inés
me sirve en mi particion
del tiempo, de introduccion
al dia.
INES. Tio, y despues?
GENERA. Despues con paz octaviana
sobre cojines de pluma,
el paladar me perfuma
rico imperial de la Habana;
y en él, sin que se alborote
la pulcritud de mi casa,

me cebo, hasta que me abrasa
con su candela el bigote.
Mi coche espera en la calle;
entro en él muy arropado,
que hay dolores de costado
y es bueno embozar el talle.
Hago una visita ó dos,
y al dar el reloj las tres
me voy al Senado, Inés...
téngamelo en cuenta Díos!
Me informo allí del asunto
de que se trata, me afano...
al uno le doy la mano,
al otro le hablo y pregunto
como aquel á quien importa
saber, si de los ministros
en los áulicos registros
es larga la vida ó corta;
mas no bien á estos señores
les cuadra ó se les antoja
tomar la negra y la roja
banqueta á los senadores,
yo tambien voy diligente
y tomo asiento... de brazo,
al son del campanillazo
que es la voz del presidente;
y allí me aguanto y acoto
la voz de la mayoría;
todo gobierno en su dia
puede contar con mi voto.

VIZCON. Ministerial!...

GENERA. Quién lo duda?

VIZCON. Por qué?

GENERA. Porque mi razon
me lo dicta.

VIZCON. De telon
mudemos.

GENERA. Cuando se muda,
sabe usted lo que vendrá?

VIZCON. No.

GENERA. Pues yo tengo memoria;
pregúntelo usté á la historia
de España, y se lo dirá;
y allí verá con dolor
que esta patria de Cervantes

vá ahora lo mismo que antes.
VIZCON. Si no vá mucho peor.
GENERA. Yo no he dicho...
INES. Digresiones
á lo mejor...
VIZCON. Es costumbre
en quien siquiera vislumbre
la sala de las sesiones.
GENERA. De vuelta á mi casa tomo,
acompañado de tres
ó cuatro amigos, Inés,
asiento á mi mesa y como.
Y muy bien; pues aunque viejo,
me encajo tras de la sopa
de cangrejos una copa
de Jerez y de lo añejo.
El salmí para mi olfato
es ambar que me sofoca,
Inés, cuando el diente toca
las chochas que hay en el plato;
ni cosa en el mundo ví
mejor para el paladar
que del cantábrico mar
el buen salmon, si está allí.
Qué aroma al aroma iguala
que presta al pavo la trufa?
La americana cotufa
mas tentador no le exhala.
El faisan que es brava pieza,
la trucha, el dorado pollo,
de la alcachofa el cogollo,
del jabalí la cabeza....
Y las ostras? Con razon
las llevaba en paz y en guerra
á Roma desde Inglaterra
el mozo del Rubicon.
Qué es ver con alegres ojos
sobre el mantel y entre flores
del Plum Bouding los colores
amarillentos y rojos
y agotar el que entre bruma
vino del Rhin se sustenta,
y el champagna que fermenta
y estalla y brota en espuma?
Este es el otro camino

que á un viejo el cielo otorgó,
vivir como vivo yo;
comer bien, que es desatino
lo contrario; aunque interpreten
mal la ley... qué me da á mí?,..
me callo y evito asi
que como carga me fleten.
Sobrina, para tener
la vejez sin un pesar,
ni enemistades que odiar,
ni amistad que agradecer.

INES. El fin de la narracion
que usted me ha hecho, me atrista...

VIZCON. (*Aparte.*)
El viejo no es egoista!...

GENERA. Y por qué?

INES. Mi corazon
á comprender no se atreve
cómo usted...

GENERA. Me hicieron ducho
los desengaños; sé mucho
de este siglo diez y nueve.

VIZCON. Con todo, de vez en cuando
yo le hallo á usted en la córte,
y la córte es el resorte
que la ambicion va buscando.

INES. De veras?

VIZCON. Yo lo atestiguo
si usted quiere.

GENERA. No; es verdad:
allá voy, por vanidad,
como un monumento antiguo
que de la córte al arrullo
se vé rejuvenecido.

VIZCON. De veras?
(*Aparte.*)
Siempre va unido
al egoismo el orgullo.

INES. Y cuándo usted se nos viene
con una gran cruz al pecho
y en los bailes, á despecho
de su opinion, se entretiene
en buscar una mirada
del sol que brilla en la córte?

GENERA. Sobrinita, otro resorte

de mi esperiencia taimada.
Busco el sol, porque sustenta
siempre el sol, y es infecundo
no vivir en este mundo
(*Se levantan Inés y el General.*)
con el sol que mas calienta.
(*A Alfredo que ojea los periódicos.*)
Qué haces ahí tan callado?

ALFRED. No estoy bueno...

GENERA. Algo mohino?...
(*Aparte.*)
Es la mosca del vecino...
celoso está y de cuidado...

VIZCON. La cabeza?

ALFRED. Un poco.

GENERA. Nada.

INES. (*Con ternura.*)
Qué tienes, Alfredo mio?...

VIZCON. Qué egoiston es el tio!...

ALFRED. (*Con despego.*)
Inés!...

INES. Te enojas?...

ALFRED. Me enfada
que desatiendas por mí
á uno y otro convidado.

VIZCON. (*Mirando el reloj.*)
Ya es tarde; las ocho han dado.

ALFRED. (*Con interés finjido: toca la campanilla.*)
Tan pronto, vizconde?...

VIZCON. Sí.
(*Aparece un lacayo.*)
Ocupaciones...

ALFRED. El coche
del vizconde...

VIZCON. A mi pesar
voy un amigo á esperar
que llega esta misma noche.

INES. Y quién es?...

VIZCON. Un camarada
de colegio...

INES. Vuelve usté
sin duda á tomar el té?

GENERA. (*Aparte y sacando del bolsillo la petaca de los cigarros.*)
La pregunta es escusada...

Y si Dios no lo remedia!...
VIZCON. General, hasta despues.
ALFRED. (*Dándole la mano.*)
Querido vizconde...
VIZCON. (*Saludando.*)
Inés...
INES. Cuidado!... A las diez y media.
(*Al General que saca de la petaca un cigarro puro.*)
Qué hace usted?
GENERA. Voy á fumar.
INES. En mi gabinete, no.
GENERA. Me iré de aquí... se acabó.
ALFRED. Puede usté en mi cuarto entrar.
GENERA. Hay chimenea?
ALFRED. Y butaca.
GENERA. Y cigarros?
ALFRED. Cazadores
los hay...
GENERA. (*Guardando la petaca.*)
Pues si son mejores,
usaré de tu petaca.
(*Entrase por la puerta de la izquierda.*)

ESCENA II.

INES. ALFREDO.

ALFRED. Allí está... Se ha incomodado...
Inés... Inés...
INES. Se ha pasado
de la cabeza el dolor?...
ALFRED. No estoy contento.
INES. Cuidado,
Alfredo!... Tu mal humor
por mas que yo bondadosa
contigo sea, no es cosa
de que á ese punto le lleves,
porque de dama y de esposa
guardarme respetos debes.
ALFRED. Perdona...
INES. Y de qué? El desvío

que mereció mi ternura,
fué un desaire y de él me rio,
que el sonrojo que procura
debe ser tuyo y no mio.

ALFRED. Inés, yo hablarte quisiera
con libertad un instante:
puedes oirme?

INES. A qué espera
tu voluntad?

ALFRED. De manera
que si te enfada...

INES. Adelante.

ALFRED. Tomo silla junto á tí?

INES. (*Aparte.*)
Me quiere de corazon.

ALFRED. (*Aparte.*)
Qué hermosa está!

INES. (*Aparte.*)
Ya le oí
celoso!... deja el sillon..
los dos cabemos aquí.

(*Alfredo toma asiento en el confidente al lado de Inés.*)

ALFRED. Inés, no sabes tú bien
mis amorosos desvelos
por tí!

INES. Lo sé.

ALFRED. Mi desden
provino de que los celos
me irritan.

INES. Lo sé tambien.

ALFRED. Entonces no estrañarás
lo que hice contigo ha poco?

INES. Ahora lo estraño mas...

ALFRED. Inés, Inés, si estoy loco!

INES. Por el vizconde quizás?

ALFRED. Por el mismo... Escucha, Inés...
que me sobra la razon...

INES. Cuidado, porque despues,
si no la tienes, perdon
has de pedir á mis piés.

ALFRED. Mimado por la victoria,
El vizconde es de esos hombres,
Inés, que cifran su gloria
en recojer muchos nombres
de mujer para su historia.

INES. Que brille el mio no espero
en sus anales.
ALFRED. Galan,
rico, noble y caballero,
le importa del qué dirán
lo propio que vale un cero.
Pues bien; el vizconde pasa,
sin darle un bledo de mí,
la mitad del tiempo aquí;
y estando tú siempre en casa,
claro es que viene por tí.
Si vas á un baile, puntual
él está allí, te dá el brazo
y al salir te prende el schal,
sirviendo de seña un lazo
en noches de carnaval.
En el prado se desvela,
y hasta ver tu carretela
y al lado ponerse ufano,
no descansa de la espuela
su morcillo jerezano.
El mundo lo vé y se ceba
en tí con murmuradoras
malicias, sin otra prueba
que el schal, el prado y las horas
que al lado tuyo se lleva.
Siendo esto cierto, ya ves
que tanta contemplacion
debe cesar y es razon
que cese, en provecho, Inés,
de tu honra y de mi opinion.
INES. Hay mas?
ALFRED. He dicho y escuso
repetir que es importante
cortar hoy mismo este abuso.
INES. Silencio, pues, un instante,
que la defensa está en uso.
Tú mismo, ves recordando!...
me presentaste al vizconde
por tu amigo, enumerando
sus fincas en no sé donde,
sus triunfos de no sé cuando.
Yo atenta le recibí;
tú le ensalzabas gozoso,
luego si hay culpable aquí,

eres tú, tú mismo, esposo;
no me eches la culpa á mí.

ALFRED. Que es justa, Inés, mi ansiedad!...

INES. Razones tengo en mi abono.

ALFRED. Díme, cuáles son?

INES. Mi edad,
mi genio y la sociedad
que asi comprende el buen tono.

ALFRED. Tu edad? tu genio? Locuras
son esas.

INES. Que no lo son:
conozco mi condicion
mejor que tú. Te figuras
allá en tu imaginacion
que á mi edad es fácil cosa
sin mas razon que el capricho
de quien me llama su esposa,
tener como en entredicho
mis privilejios de hermosa?

ALFRED. Esa loca vanidad
mi buena opinion maltrata.

INES. Figuraciones!

ALFRED. Verdad.

INES. Qué condicion mas ingrata!

ALFRED. Inés!...

INES. Y la sociedad?
Prender un schal, dar el brazo
de dia y tambien de noche,
juntar de una alhaja el broche,
ceñirse por broma un lazo
y al lado trotar de un coche,
son cosas que cada dia
vé el mundo...

ALFRED. Y que yo no quiero
ver en tí.

INES. Jesus María!
Qué tono tan altanero!

ALFRED. Soy Argos de la honra mia.

INES. Argos tú?

ALFRED. Lo quiero ser
y al fin lo seré...

INES. Consejos?
Y á tu edad?

ALFRED. Y has de saber
que á Dios gracias suelo ver...

muy lejos...

INES. Hola! Muy lejos?

ALFRED. Señora!

INES. No me intimida
tu indignacion, porque estoy
resuelta á darte cumplida
esplicacion de mi vida.

ALFRED. Escucho, pues.

INES. Allá voy.
Quisiste que fuera yo
tu esposa, y mi padre anciano
sin yo quererlo, te dió,
señor marido, mi mano.
No es esto lo que pasó?

ALFRED. Es verdad.

INES. Prosigo?

ALFRED. Sí.

INES. Sin amarte, me casé
contigo. Es cierto?

ALFRED. Así fué.

INES. Luego es claro que te dí
la mano, mas no la fé.
Es decir que yo abrigaba
oculto amor.

ALFRED. Y quién era
el hombre á quien adoraba
tu corazon?...

INES. Se llamaba
don Luis de Castro y Rivera.
Viví soñando con él...

ALFRED. Despues de casada?

INES. Toma!...
Lo menos un año...

ALFRED. (*Aparte.*)
(Infiel!...)
Y en dónde estaba el doncel?

INES. En Viena, en París ó en Roma.
No le conoces?

ALFRED. Ni quiero.

INES. Don Luis de Castro es un hombre
muy galan, un poco fiero
de su honradez y su nombre...
Es todo un buen caballero!

ALFRED. Mil gracias!... Y... en conclusion...
le ama usted, señora, aun?

INES. Vírgen santa! Qué esplosion!
ALFRED. Respóndame usted.
INES. Segun...
Vacila mi corazon...
ALFRED. Adelante.
INES. Lo pasado
está aquí dentro tan frio,
que casi parece helado...
(*Con ternura.*)
Lo presente, Alfredo mio,
terreno y mucho ha ganado.
ALFRED. Inés! Inés!
INES. Sin amarte
fuí tuya; pero despues
tornóse amor del revés,
al ver que tuviste el arte
de hacerte estimar de Inés.
ALFRED. Y el vizconde?
INES. Es necedad
pensar en él de esa suerte...
El vizconde es... la verdad...
juguete de sociedad,
Alfredo, que me divierte.
ALFRED. Inés!... yo me vuelvo loco...
Empiezas á amarme?...
INES. Un poco.
ALFRED. Ya no hay vizconde?
INES. (*Con malicia.*)
Si fuera
don Luis de Castro y Rivera...
ALFRED. Inés!...
INES. Alfredo!... Tampoco.
Yo creo que ni memoria
conservo de él.
ALFRED. Que me place.
INES. Don Luis no será en mi historia
nuevo Fénix que renace
de sus cenizas.
ALFRED. Oh gloria!
Perdon, mi querida Inés!
INES. Fuiste injusto.
ALFRED. (*Arrodillándose.*)
Asi me ves...
Que venga el cólera morbo...
INES. Dios me libre!... De los pies

ven á mis brazos.

GENERA. (*Entrando y viendo á Alfredo de rodillas besando las manos de Inés.*)

Estorbo?

ESCENA IV.

INES. EL GENERAL. ALFREDO. *Despues* ARTURO *y* BEATRIZ.

ALFRED. No, señor.

GENERA. Me figuré...

CRIADO. La vizcondesa y el conde...

INES. (*Saliendo al encuentro y besándola.*)
De dónde vienes?

BEATRIZ. De dónde?

ARTURO. Señora, á los piés de usté!

BEATRIZ. Inés mia!...

ARTURO. General.

GENERA. Servidor.

ALFRED. Muy bien venida.

GENERA. Si me permites, querida...

INES. Pues no!
(*Inés y Beatriz se sientan en el confidente: el General junto al velador en que están los periódicos: Alfredo al lado opuesto de pié: Arturo junto á él acudiendo á las señoras y al general, segun lo reclama el diálogo.*)

GENERA. (*Leyendo.*)
El *Heraldo*.

INES. Qué tal?

BEATRIZ. La invitacion recibiste?

INES. Y á tan brillante soirée
no quiero faltar...

ARTURO. (*A Alfredo.*)
Y usté?

ALFRED. Vamos bien...

ARTURO. Por qué tan triste?

ALFRED. Esplin...

ARTURO. O cavilaciones?...

ALFRED. (*Aparte.*)
Don Luis de Castro y Rivera.

INES. Arturo...
ARTURO. Siempre hechicera...
ALFRED. Otro vizconde en cañones.
INES. Mañana será esplendente
tu toilette.
BEATRIZ. De nuevo nada...
(Alfredo recorrerá el Diario de Avisos: á su tiempo se le acerca Arturo.)
GENERA. Buen artículo de entrada.
BEATRIZ. Siempre lo mismo...
INES. Y consiente
de tu belleza el portento?...
BEATRIZ. Qué quieres... otros cuidados...
GENERA. Congreso de diputados...
ALFRED. Figuras de movimiento...
GENERA. *(Volviendo la hoja.)*
Sesion del 10... Presidencia...
ARTURO. Qué hay de Francia?
ALFRED. *(Aparte.)*
Otro registro...
(Diálogo entre Arturo y Alfredo.)
No lo sé...
GENERA. El señor ministro
de Hacienda.
ALFRED. *(Aparte.)*
Cuánta paciencia
para sufrirle!
GENERA. Y no es corto...
El señor preopinante...
ARTURO. El socialismo...
GENERA. Adelante.
Por leido...
ARTURO. Estoy absorto!
ALFRED. Qué dice usted?
ARTURO. Por lo visto
usted es lo que antes era
yo?
ALFRED. Qué era usted?
ARTURO. De manera
que Lamartine...
GENERA. Vive Cristo
que tiene gracia!
ARTURO. *(Con tono despreciativo.)*
Un poeta...
ALFRED. Nada mas que poesía...

ARTURO. (*Con énfasis.*)
El órden... la economia...
GENERA. Perdida importante... Aprieta...
y es floja...
ARTURO. Legalidad...
GENERA. (*Tomando otro periódico.*)
El Clamor...
BEATRIZ. Lo de costumbre.
INES. No el oropel te deslumbre,
no venza la vanidad
de la razon á las leyes.
ARTURO. Centralizar el poder...
ALFRED. Qué niño!
ARTURO. Vale mas tener
un rey que trescientos reyes.
GENERA. (*Leyendo.*)
Y si Dios no lo remedia...
ARTURO. A próposito, hoy se dice
que hay crisis y aun se predice...
GENERA. Teatro de la Comedia.
INES. Arturo...
(*Arturo se dirige á donde están las señoras.*)
BEATRIZ. Es un gran ginete...
y baila con gran primor,
y ademas es tirador
de pistola y de florete...
GENERA. (*Leyendo.*)
La educacion es el todo,
sin ella...
ALFRED. Castro y Rivera...
bueno es saberlo...
ARTURO. No fuera
la Cava del reino godo
como Inés...
GENERA. Las elecciones...
Veamos... Qué oposicion!...
(*Tirando el periódico.*)
Mentira... No hay coaccion...
INES. Capítulo de ilusiones.
ARTURO. No tal, no tal...
ALFRED. (*Toca la campanilla.*)
Si evadirme
pudiera... Ya vuelve...
(*Aparte al criado.*)
Blas...

el sombrero.
INES. A dónde vas?...
ALFRED. Dos pasos de aquí...
ARTURO. (*Se acerca á la mesa y con la Esperanza en la mano dice.*)
Esta es firme
en su opinion: la *Esperanza*
conoce el siglo.
GENERA. No veo...
ARTURO. Ve mucho, mucho...
GENERA. (*Con enfado.*)
Lo creo...
ni el genio de usted la alcanza.
(*El criado dá su sombrero á Alfredo.*)
INES. No tardes...
ALFRED. Voy un momento
á la Iberia. Hasta despues.
ARTURO. (*Tomando su sombrero.*)
Voy con usted...
ALFRED. Qué tormento!
ARTURO. (*Saludando.*)
No tardaremos... Inés...
Mi general...
GENERA. Servidor...

ESCENA VI.

INES. BEATRIZ. *El* GENERAL.

INES. Y ha muerto por fin?
BEATRIZ. En Roma.
INES. Pobre don Juan!...
BEATRIZ. Era el tio
rico de hacienda y de historia
muy limpia.
INES. No fué ministro?
BEATRIZ. Si tal y tuvo las cosas
del gobierno tan á gusto
de la familia, que ahora
nos hace notable falta.
INES. Entonces será muy corta
la herencia.
BEATRIZ. Segun: si quiero

puede ser grande.

INES. Si me honras
con tu amistad...

BEATRIZ. Te diré...
ya verás si es enojosa
mi posicion : oye, Inés,
y que sentencie tu boca.

GENERA. Folletin... Una novela
de costumbres españolas
y escrita por un francés...
Volvamos pronto la hoja.

BEATRIZ. Me escribe su mayordomo
don Dimas, el de Cazorla...
aquel gruñon...

INES. Aquel viejo
con asma, con muermo y gota?...

BEATRIZ. El mismo.
(*Leyendo.*) « Muy señora mia : Hará tres meses escribí » á usted la triste muerte de su señor tio; y hoy lo hago » de nuevo para darla cuenta de su última voluntad. En » su testamento, que se ha abierto en presencia de un » sobrino suyo, que usted no conoce y que le ha acom- » pañado últimamente en sus viajes, se lee la dispo- » sicion siguiente. = Dejo mis bienes, que consisten » en 18,500 duros de renta líquida, á mis sobrinos la » vizcondesa de Loja y don Luis de Castro y Rivera, » siempre que contraigan ambos matrimonio. Si esto no » llegara á verificarse, es mi voluntad, que cualquie- » ra de los dos que se niegue á cumplir esta condi- » cion, se entienda que renuncia á la herencia. Tén- » galo usted entendido. etc. etc. »
Qué te parece?

INES. (*Aparte.*)
Don Luis de Castro!...

BEATRIZ. La broma
es pesada. Qué hago yo?

INES. (*Aparte.*)
No sé por qué me incomoda
que llegue la vizcondesa
á ser de don Luis esposa.

BEATRIZ. Respóndeme, Inés: consejo
te pido. Si ciega ó loca
rechazo ese matrimonio,
renuncio á la altiva pompa
que hiciera de mí en la córte

la mas envidiada joya,
y en revuelto laberinto,
si llego á casarme, arroja
mi ambicion lo que mas quiero,
mi libertad que es mi gloria.

INES. (*Aparte.*)
Don Luis de Castro y Rivera!...
El mismo de quien idólatra
mi corazon...

BEATRIZ. Un consejo;
ya ves que juntos abogan
mi interes por una parte,
mi independencia por otra.

INES. (*Aparte.*)
Por qué, por qué se me ofrece
tan ardiente su memoria!...

BEATRIZ. No me respondes?...

INES. Estoy
reflexionando á mis solas...

BEATRIZ. Inés?

INES. Lo primero escoje.

BEATRIZ. Es decir, herencia ó boda?

INES. Así es.

BEATRIZ. Y si yo obedezco
tu indicacion, será cosa
de que se convierta, Inés,
en ódio nuestra concordia?

INES. No entiendo.

BEATRIZ. Me esplicaré.
La gente murmuradora
dice, Inés, que fué don Luis,
y en época no remota,
tu galan.

INES. Y tambien hoy
con cien trompetas pregona
que las dos nos disputamos
el imperio de la moda,
y no por eso es verdad;
que á serlo, fuera muy otra
nuestra conducta y no juntas
nos vieran á todas horas,
en los bailes por la noche
y por el dia en Atocha.
Aunque Luis fué mi galan,
ay Beatriz! no me enamoran

suspiros al pié de rejas,
ni Gerineldos que acosan
al ídolo de su amor
y son mas que amantes, sombras.

BEATRIZ. Con todo, se dice así.

INES. Y así se miente.

BEATRIZ. Y es cosa
de creer cuando se afirma
que es buen mozo?

INES. Es ilusoria
la competencia con él;
ninguno como él provoca
la envidia de los demas:
te haré su retrato ahora,
y luego podrás decirme
si tiene igual en Europa,
no en Madrid... Es elocuente,
en el mirar y en las formas
elegante, de sus labios
fecundo torrente brota
de frases que califica
la ignorancia de lisonjas,
y que son, si bien se escuchan,
rocio que al mundo arroja,
Beatriz, de su fantasía
ardiente la rica aurora.
Gran ginete, tirador
de florete y de pistola,
jugador y generoso,
dos circunstancias, dos cosas
que nunca, Beatriz, se han visto
sino en distintas personas.
Habla francés, italiano,
inglés, y cuando se enoja
con su amor, mejor que muchos
poetas escribe trobas;
y hace mas, no las imprime:
seguro como una roca,
como un sepulcro callado,
y humilde como una tórtola,
cualquier sonrisa le engaña,
cualquier favor le conforma.
Don Luis de Castro y Rivera
es, vizcondesa de Loja,
lo contrario que esos niños

que pollos las gentes nombran:
sabe hablar, sabe escribir,
sabe leer, sabe historia...
lo contrario, lo contrario
de cuantos hay á la moda.

BEATRIZ. De amiga el retrato fué.

INES. De imparcial historiadora,
Beatriz mia; reconozco
sus prendas, aunque fué sorda
mi voluntad á su amor.
No hay gran mérito en quien obra
con justicia, y tan alegre
estoy, que te ruego ahora
me dispenses el honor
de ser madrina en tus bodas.

BEATRIZ. (*Levantándose.*)
Se me figura que Inés.

INES. (*Aparte levantándose.*)
Yo no sé por qué me enoja
que llegue la vizcondesa
á ser de don Luis esposa.

ESCENA VII.

INÉS. BEATRIZ. *El* GENERAL. ALFREDO. ARTURO.

INES. Qué pronto!

ALFRED. Sí... No te asombres...

INES. Vienes enfermo?...

ALFRED. (*Aparte á Inés: Arturo se sienta con aire pensativo.*)
Qué quieres!...
El pollo de las mujeres
es moscon para los hombres.
No me ha dejado un momento...
se fué colgado de mí
y colgado ha vuelto aquí
del mismo brazo. Rebiento
de cólera; mas quisiera
que á un niño de esta calaña,
tornar á ver en España...

INES. A Luis de Castro y Rivera?

ALFRED. No tanto, no tanto, Inés...

INES. Fué chanza.

ALFRED. Broma ó no broma,
bien está san Pedro en Roma.
GENERA. (*Registrando los periódicos.*)
No ha habido *Patria* este mes...
INES. Tio...
GENERA. Inés, ya he dado fin.
BEATRIZ. Que aficion á deletrear!...
ALFRED. Le van á usted á tomar
por claustro de San Martin.
GENERA. (*Riéndose.*)
Es verdad!
ALFRED. (*Aparte con reserva.*)
Tengo razon?
GENERA. Qué cosas habrá allí dentro!
ALFRED. Como que aquello es el centro
de toda la oposicion!
ARTURO. Pobre país!
BEATRIZ. Arturito.
INES. Qué tiene usted?
GENERA. Por ventura?...
ALFRED. (*Deteniendo al General.*)
No: es mal que no tiene cura...
(*Señalándose la frente.*)
es de aquí...
ARTURO. País maldito!
INES. Qué le ha pasado en Madrid?...
GENERA. Los desengaños!
ALFRED. (*A Inés.*)
Ya ves;
quince años!...
ARTURO. (*Levantándose.*)
Me aburro, Inés,
en esta tierra del Cid!
Qué vida llevamos hoy?...
No hay variedad en las noches,
ni en los dias, ni en los coches;
por donde quiera que voy
siempre lo mismo; el Retiro
con su estanque y sus vergeles,
la fuente de la Cibeles
y el canal; por mas que miro
diez leguas á la redonda,
como el Boulevard no hay calles,
ni sitios como Versalles
y Saint-Cloud: no hay una fonda

que iguale al Hotel Beri...
Sastres?... Utrilla y Borrel.
La plaza de Carroussell,
está por ventura aquí?
Ni un Tunnel con sus pilares,
ni un Tamesis y ¡ oh rubor!
ni un mal buque de vapor
cruzando en el Manzanares!
Pas un jeune homme comm'il faut,
no hay un carruaje con chic,
ni un sabio á lo Metternic,
ni un pillo á lo Mirabeau...
Medianias, petitesse,
voila tout... Pobre País!
París!... París!... En París
y en Lóndres se vive, Inés.

GENERA. Estoy por darle... Está loco?

ALFRED. No señor; es un pollito
que habla en francés.

BEATRIZ. Arturito...

INES. (*Picada: con ironia.*)
Nos tiene usted en muy poco,
y es usted harto severo
aunque justo.

ARTURO. Inés, merci...

INES. Cierto es que faltan aqui
muchísimas cosas...

GENERA. (*Inés habla con la vizcondesa.*)
Pero,
no falta quien nos recuerda
á cada instante en las calles,
que existe en Francia un Versalles...
Yo no lo he visto...

ARTURO. No pierda
usted la ocasion.

GENERA. Iré
con el tiempo.

BEATRIZ. (*Aparte á Inés.*)
Se ha educado
en París.

ARTURO. Seré un criado
si hago el viaje con usté.

GENERA. Gracias.

ARTURO. Habla usted de un modo...

GENERA. En español.

ARTURO. Yo respeto
las canas.
GENERA. (*Aparte.*) A que le espeto
encima un modismo godo?
INES. (*Tira de la campanilla y aparece Blas.*)
Blas, el té.
(*Se retira Blas.*)
GENERA. Sin el vizconde?
INES. Sin el vizconde.
GENERA. No insisto.
ALFRED. Apropósito; le he visto.
INES. De veras, Alfredo? Y dónde?
ALFRED. Junto al café, y muy cumplido
pidióme licencia, Inés,
de presentarte despues...
(*Blas entra con un servicio completo de té: dos lacayos con bandejas de vizcochos. Inés llena las tazas y las distribuye ella misma; la primera á la vizcondesa; la segunda al general: la tercera á Arturo; la cuarta á Alfredo.*)
INES. A quién?
ALFRED. Al recien venido...
INES. Se llama?
ALFRED. No he preguntado...
pero viniendo con él,
por lo menos un lebrel
habrá en sus armas pintado.
BEATRIZ. No se burle usted, Alfredo,
que usted tambien en su escudo...
ALFRED. Sí, vizcondesa; un embudo
y en campo de plata un dedo.
INES. No hagas caso; es su manía
burlarse de sus blasones.
BEATRIZ. Respeto sus opiniones...
ARTURO. Que valen poco en el dia.
GENERA. (*A Inés que le dá una taza de té.*)
Gracias, sobrina; ligero,
no es verdad?
INES. Muy ligerito.
GENERA. (*Al criado que se los ofrece en una bandeja.*)
Sin vizcochos...
INES. Arturito,
usted quiere té?
ARTURO. (*Tomando la taza que le ofrece Inés.*)
Té quiero.

GENERA. Bravo, bravo el parisien!
BEATRIZ. Es mozo muy cortesano.
INES. Muy galan.
ALFRED. (*A Arturo.*)
Venga esa mano.
INES. (*Ofreciendo una taza á Alfredo.*)
Una tacita?
ALFRED. Tambien.

ESCENA VIII.

INES. BEATRIZ. EL GENERAL. ALFREDO. ARTURO. EL VIZCONDE *y* DON LUIS DE CASTRO.

BLAS. (*Anunciando.*)
El señor vizconde.
INES. A punto.
(*Inés, sin volver la cara, prepara una taza de té para el vizconde.*)
VIZCON. (*Presentando á don Luis á Alfredo.*)
La exactitud mi primera
cualidad... Querido Alfredo,
don Luis de Castro y Rivera...
ALFRED. (*Dominando su emocion, le saluda cortesmente.*)
Don... Don... Luis... Muy señor mio...
VIZCON. Vizcondesa, General,
Arturo...
ALFRED. Don Luis de Castro!
INES. (*Al volver la cara, vé á don Luis, dá un grito y se le cae la taza y el platillo de la mano.*)
Ah! Luis!...
GENERA. Te has hecho mal?
(*Inés vuelve al velador y prepara dos tazas de té.*)
ALFRED. Es natural la emocion!
LUIS. Dos años de ausencia.
INES. (*Volviendo con la taza.*)
Sí...
siéntese usted... una taza,

vizconde... Usted junto á mí.
Quieres mas, Alfredo mio?
(*Se sienta don Luis junto á Inés en el confidente; el vizconde junto á la vizcondesa; el General y Arturo donde estaban; Alfredo en el mismo sitio.*)

ALFRED. No, querida: es la primera... todavía...

BEATRIZ. (*Aparte.*) Luis de Castro?...

ALFRED. Don Luís de Castro y Rivera!

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

Gabinete en la casa de Beatriz.

ESCENA PRIMERA.

BEATRIZ, *sentada.*

Lo he resuelto; mi interés
lo exije, y en este asunto
seguiré punto por punto
mi plan y perdone Inés.
Con todo, Beatriz, no tanto:
primero de ir al altar
será bueno examinar
las condiciones del santo;
don Luis adora en Inés;
Inés le ha olvidado? No;
secreto es este que yo
he penetrado despues.
« Que nunca le tuvo amor

y que si el mundo decia
lo contrario, que seria,
dijo Inés, calumniador...»
Entonces, á qué temblar
cuando le vió de improviso?
Yo bien recuerdo que quiso
Inés, y no pudo hablar:
don Luis por su parte estaba
tan encantado, tan bobo,
que en lo mejor de su arrobo
se le caia la baba.
(*Se levanta.*)
Y es muy galan, eso sí;
y aun me presumo que ha herido
mi atencion el prometido
desde el punto en que le ví.
Qué harás, Beatriz, en tal caso?
Qué conducta has de seguir?
Si es lo mas fácil salir
con gran provecho del paso!
Si Luis porque su conciencia
ó su amor no lo consiente,
dice «no hay boda» corriente;
vaya él con Dios y la herencia
venga conmigo; si no,
no hay mas que tener paciencia,
que con don Luis y la herencia
no salgo perdiendo yo.
Lo he resuelto; mi interes
lo exije, y en este asunto
seguiré punto por punto
mi plan y perdone Inés.

ESCENA II.

BEATRIZ. AMBROSIO.

BEATRIZ. Ambrosio... no has olvidado
supongo...
AMBROS. Nada, señora.
BEATRIZ. No vengamos á la hora
misma...

AMBROS. Está todo arreglado.
BEATRIZ. Cuenta con las omisiones!...
Al gasto no he puesto tasa...
Que brillen hoy de mi casa
como nunca los salones!...
AMBROS. Descuide vuecencia en mí...
manda vuecencia otra cosa?
BEATRIZ. (*Abriendo el balcon.*)
Qué mañana tan hermosa!
AMBROS. Me voy?
BEATRIZ. Espera por si...

ESCENA III.

BEATRIZ. ARTURO. AMBROSIO, *retirado.*

ARTURO. Hermana, muy buenos dias...
BEATRIZ. (*En tono de reconvencion.*)
Las dos!
ARTURO. Aprensiones mias...
Me he levantado á las doce...
me he vestido... Es un gran goce
la cama en mañanas frias!
BEATRIZ. Baston y espuelas?...
ARTURO. Me voy
al campo y monto, Beatriz,
despues de dos meses hoy,
el caprichoso Austerliz....
y no basta por quién soy
la espuela sola con él!
BEATRIZ. De veras?
ARTURO. La gran Bretaña
no envió en sus buques á España,
ni mas brioso corcel...
BEATRIZ. Ni mas estrecha alimaña.
No pienso ver animal
mas largo, ni mas enjuto...
ARTURO. Pure sang! Y vale un caudal!...
Hermosa estampa de bruto!
AMBROS. Llamó vuecencia?...
ARTURO. No tal.
BEATRIZ. Vete.

ESCENA IV.

BEATRIZ. ARTURO.

BEATRIZ. Arturo...
ARTURO. No hay remedio;
severa amonestacion
me aguarda...
BEATRIZ. No te parece
que fuera mucho mejor
saber algo mas de historia
y menos de equitacion?
No tienes tú por mas útil
dar brillo á la inculta flor
que brota en nuestra cabeza
del tallo de la razon?
ARTURO. Allá, en el siglo diez y ocho
no digo, Beatriz, que no,
porque aquel un siglo fué
de estudio y meditacion;
pero en el siglo presente
que de las luces llamó
no sé quien, ni yo sé cuando,
va la civilizacion
sobre carriles de hierro
al impulso del vapor;
se estudia lo que es de moda
y nada mas; la leccion
es corta y se aprende bien.
BEATRIZ. Y así el brillante esplendor
conservarás de tu nombre,
las glorias de tu blason?
ARTURO. Muchos hay que me aventajan,
pues saben menos que yo;
porque al fin yo sé tirar
un coupé con tal primor
que asombra; toco la flauta,
sé jugar á la boullotte
bailar el scotiks... sé la historia
de Francia...

BEATRIZ. Y de España no!
ARTURO. Para qué? Para decir
que ha sido una institucion
desgraciada el Santo Oficio?
Para proclamar á voz
en grito, que se llamaba
Felipe el rey fundador
del Escorial? Para ver
siempre debajo del sol
de España, algun poderoso
audaz, despilfarrador?
Para llorar sobre antiguos
laureles la mengua de hoy?
Para esto quieres que sepa
la historia de esta nacion?
Soy noble y rico y me basta.
BEATRIZ. Rico era padre y señor,
y el saber, no la riqueza,
tan alto le levantó!
ARTURO. Que obtuvo las embajadas
de Londres y de Moscou?...
Pues bien, Beatriz, con el tiempo
me ha de hacer embajador,
de un consejo de ministros
la sabia resolucion.
BEATRIZ. Y harás brillante papel
al lado de Nesselrode...
ARTURO. No vivirá para entonces.
BEATRIZ. Lo creo; tiempo y sermon
perdidos; haz lo que quieras.
ARTURO. Siempre haré lo que mejor
y mas convenga á mi gusto.

ESCENA V.

BEATRIZ. ARTURO. VIZCONDE.

VIZCON. Disputa?
BEATRIZ. No.
ARTURO. Esplicacion
fraternal.
VIZCON. Y qué motivos?

BEATRIZ. Asuntos del interior
de la familia.
VIZCON. Me callo.
ARTURO. *(Al vizconde.)*
Fué pasagero el turbion:
veraniega tempestad
que estalla y pasa veloz.
VIZCON. Reemplace entonces, Beatriz,
la sonrisa al mal humor...
Cuándo es la boda?
ARTURO. Te casas?
BEATRIZ. No sé.
ARTURO. Vizconde, las dos
y media... Vamos; ya es tarde.
VIZCON. No puedo.
ARTURO. Y por qué razon?
VIZCON. Abduld-Mejid tiene muermo,
y Fanny se me encojó.
ARTURO. Y es eso todo, vizconde?
Monte usted á Mogador...
es cosa de diez minutos...
yo mismo, vizconde, voy...
VIZCON. Es buen caballo?
ARTURO. Comme-ca...
es un caballo español...

ESCENA VI.

BEATRIZ. VIZCONDE.

VIZCON. Cuándo es la boda?
BEATRIZ. No sé.
VIZCON. Es secreto?
BEATRIZ. Es precaucion...
VIZCON. Luis todo me lo ha contado.
BEATRIZ. De veras? No le engañó?
VIZCON. Que viene á casarse dijo.
BEATRIZ. Así parece.
VIZCON. Esa union
dispuesta en el testamento
de un tio que se murió,

no mata en usted alguna
misteriosa inclinacion?

BEATRIZ. Es solo curiosidad
la tal pregunta, ó favor
que lograr pretende usted
de mi amistad, ó mision
que el señor don Luis de Castro
á su celo encomendó?...

VIZCON. Lo segundo.

BEATRIZ. Quiere usted
saber mis secretos?

VIZCON. Oh!

BEATRIZ. Y de una deuda tan grande
será usted buen pagador?

VIZCON. Le juro á usted...

BEATRIZ. Pues entonces
no hablemos mas; confesion
general y como dama
la preferencia me doy.

VIZCON. Es decir que á usted...

BEATRIZ. Que á mí
me toca ser confesor
antes que á usted.

VIZCON. Qué donosa!

BEATRIZ. Celebra usted mi eleccion?

VIZCON. Por supuesto.

BEATRIZ. Al caso, pues.
Dicen que Inés...

VIZCON. De mi amor
es objeto.

BEATRIZ. Y corresponde?

VIZCON. Beatriz, la contestacion
es delicada.

BEATRIZ. Adelante.

VIZCON. No me permite el rubor...

BEATRIZ. Vizconde.

VIZCON. Padre, obedezco
(*Quiere arrodillarse, y Beatriz no se lo permite.*)
y me arrodillo...

BEATRIZ. Eso no;
que falta el confesonario,
muralla entre el pecador
y el sacerdote que absuelve.

VIZCON. Pero el cura á quien pecó
le dá la mano á besar...

BEATRIZ. Despues de la absolucion.
VIZCON. Inés á cada momento
me habla; el tono de su voz
mas que su palabra dice;
sus ojos tan sin rigor
me miran, que sus miradas
dan alas á mi pasion.
Cuando le aprieto la mano
al subir á su landó,
agradecida recibe
temblando la compresion:
le pongo el schal en los bailes,
le pido siempre una flor
de su ramo y me la dá;
y cuando, declaracion
del alma, le hablo de amores
que su hermosura encendió,
mudando de pronto el rumbo
me suele hablar del calor,
ó misteriosa se abisma
en honda meditacion.
Ya ve usted que estas señales
revelan al que es doctor...
BEATRIZ. Y no hay mas?
VIZCON. Y es esto poco?
BEATRIZ. Nada el vizconde ocultó?
VIZCON. Juro á usted que de este caso
he sido fiel narrador.
BEATRIZ. Entonces pregunte, padre,
que ya mi turno llegó.
VIZCON. Respóndame, pecadora,
ingénuamente. Esa union
dispuesta en el testamento
del tio que se murió,
no mata en usted alguna
misteriosa inclinacion?
BEATRIZ. Quién sabe!
VIZCON. Su nombre...
BEATRIZ. Es nombre
que muchas veces se oyó
en comedias de Moreto
y en lances de Calderon.
VIZCON. Qué señas tiene?
BEATRIZ. Tan claras
como los rayos del sol.

VIZCON. Ojos?
BEATRIZ. Pardos.
VIZCON. Frente?
BEATRIZ. Noble.
VIZCON. De maneras?...
BEATRIZ. Comm' il faut.
VIZCON. Y el talle?
BEATRIZ. Esbelto, elegante.
VIZCON. Ginete y buen tirador?
BEATRIZ. Por supuesto.
VIZCON. Habla francés?
BEATRIZ. Lo mismo que Mirabeau.
VIZCON. De rancia estirpe?
BEATRIZ. Seguro.
VIZCON. Beatriz, le conozco yo?
BEATRIZ. Y mucho.
VIZCON. Se llama?
BEATRIZ. Luego...
VIZCON. Fama de conquistador
tiene en la córte?
BEATRIZ. Pretende
sellar su reputacion
de una manera brillante.
VIZCON. Y en quién sus miras fijó?
BEATRIZ. En Inés.
VIZCON. Beatriz, el nombre
de ese oscuro campeon.
BEATRIZ. Si no hay quien estorbe el lance,
don Luis.
VIZCON. Y quién se atrevió
á dar á usted como un hecho
tan loca figuracion?
BEATRIZ. Vizconde, lo propio he dicho
yo misma al historiador.
VIZCON. Y en qué se funda?
BEATRIZ. En muy buenos
antecedentes.
VIZCON. Y son?
BEATRIZ. Amores de hará tres años
que la ausencia interrumpió.
VIZCON. Beatriz!
BEATRIZ. Me lo ha dicho Inés.
VIZCON. Ella misma?
BEATRIZ. Hay una voz
que es mas significativa,

la elocuencia del temor
con que niega la mujer
lo que hay en su corazon.

VIZCON. Si es así, que tiemble Inés,
que tiemble el embaucador
que en mí la amistad de niños
tan torpemente burló.
Quiero á Inés como un demente;
pero es tal mi condicion,
que á mi orgullo sacrifico,
si es necesario, mi honor.

BEATRIZ. Vizconde, no tan de prisa;
cuidado, que un resbalon
en estas cosas es grave:
la prudencia es lo mejor.

VIZCON. La prudencia con un poco,
Beatriz, de mala intencion.

ESCENA VII.

BEATRIZ. VIZCONDE. ARTURO.

ARTURO. Vizconde, están los caballos
en el jardin: vámonos.

VIZCON. (*Dándose las manos.*)
Beatriz, alianza ofensiva
y defensiva.

BEATRIZ. Es razon,
que en la victoria ganamos
únicamente los dos.
(*El vizconde besa la mano de Beatriz y se retira con Arturo por la puerta de la derecha. Beatriz por la de la izquierda.*)

ESCENA VIII.

La escena queda sola por algunos instantes. Despues INES *por la puerta del fondo.*

No importa; que el tocador
no deje, Ambrosio, por mí:
(*Sentándose.*)
la esperaré. Loco amor,
dónde me elevas así
delirando en tu dolor?
Qué noche, buen Dios! Y el dia
qué feliz! Yo me engañaba
riyendo como reia,
sin ver que tras él venia
pesar que no sospechaba!
Conque dos años viví
creyendo que era la historia
de su amor recuerdo en mí,
á lo mas en mi memoria
presente, no ardiendo aquí!
Y dos años me engañé!
Y en ese tiempo, insensata,
recordando lo que fué,
yo en lo mas hondo clavé
el duro harpon que hoy me mata!
Y Alfredo! Siempre conmigo
tan amoroso y tan fiel,
que no me engaño si digo,
que amante, esposo y amigo
dos años he visto en él!
Por qué, mi Luis has llegado?
Tus frases me hacen oir
con su acento enamorado
junto al bien de lo pasado
la dicha del porvenir!
Y si abro á tu amor la puerta,
del mundo entero baldon,
será mi deshonra cierta;
y si no la dejo abierta,
se muere mi corazon!

Loca estoy! A qué has venido?
Castigo es este, buen Dios,
del amor que le he tenido?
Señor, nos habrás perdido
juntándonos á los dos?

ESCENA IX.

BEATRIZ. INÉS.

BEATRIZ. Qué sorpresa! Tú en mi casa
y tan de mañana, Inés?...
INES. Te fuiste anoche en seguida,
Beatriz, de tomar el té
con señales inequívocas
de mal humor ó desden,
y he venido á disculparme
si tengo culpa, ó saber
que, esceso de mi cariño
si no, la sospecha fué.
BEATRIZ. No te engañaste; ofendió
mi mujeril altivez
don Luis, que pasóse anoche
de frio y de descortes.
INES. Don Luis no te conocia;
por eso sin duda ayer
usó contigo modales
de escesiva timidez,
mas no de descortesia.
BEATRIZ. Sin negar que podrá ser
así como tú le pintas,
con todo...
INES. Beatriz, por qué?
BEATRIZ. Don Luis no andubo muy corto
en prodigarte á su vez
atenciones delicadas
y algunas de un interés
particular...
INES. Sí, me habló
de cosas de la niñez,
recuerdos de aquella edad
encantadora y sin hiel
que entre flores sin espinas

pasó para no volver!...

BEATRIZ. Y dime. Vuelve don Luis
igual al retrato aquel
que tú me hiciste?

INES. No creo.

BEATRIZ. Hay cambio?

INES. A lo que juzgué,
por la entrevista de anoche,
don Luis es otro: harás bien
de retardar esa boda.

BEATRIZ. Si me quieres, cuéntame.

INES. Vuelve altivo y presuntuoso,
y hasta he notado en su tez
cierta mudanza...

BEATRIZ. Qué dices?
La oveja cambió de piel?...

INES. Sí.

BEATRIZ. (*Con ironia.*)
Qué lástima! Y conserva
la sencilla nitidez
que brillaba en sus discursos?

INES. (*Aparte.*)
(Me habré vendido?) No sé.

BEATRIZ. No lo sabes y te habló
tan solícito y cortés
que á mí me dabas envidia
al verte tan junto á él!

INES. Si tendrás celos de mí?

BEATRIZ. Y todo pudiera ser.
El mundo es un panorama.

INES. Panorama el mundo?...

BEATRIZ. Inés,
cuidado con tropezar!...

INES. Respondo de no caer.
Don Luis de Castro y Rivera,
querida Beatriz, no es...
ni ha sido... ni lo será...
se me figura... es un buen
amigo... pero... me entiendes?
Caballero de alta prez
eso sí... mozo y galan...
no sé si me esplico bien...

BEATRIZ. Y tanto como te esplicas,
pues he llegado á entender
lo que me quieres decir...

Don Luis de Castro...

INES. Soireé
brillante la de esta noche:
sospecho que no ha de haber,
por mas que se lo imaginen
algunas hermosas, quien
iguale por lo escogidas
las galas de tu toilette.
Y eso que hoy mejor que nunca
engalanada has de ver
á la condesa del Cisne,
graciosa hasta en su esquivez,
flor que intacta se conserva
en el peligroso eden
del mundo en que vive y brilla,
por mas que van en tropel
lisonjas á sus oidos,
corazones á sus pies.
Y no faltarán tampoco
los enviados y attachés
de todas las embajadas,
ni nuestros ministros que,
como viven en el aire
diez dias de cada mes,
al baile se aficionaron
y bailan que es un placer.
Qué noche, Beatriz, me aguarda
á mí que tengo por ley
observar para reirme
de lo que observo despues!

AMBROS. (*Anunciando.*)
Don Luis de Castro y Rivera.

INES. (*Levantándose violentamente.*)
Me voy.

BEATRIZ. No tal; siéntate.
(*Inés se sienta.*)
Empecemos á reirnos
desde este momento, Inés.

ESCENA X.

INÉS. BEATRIZ. LUIS.

LUIS. Inés aquí?
INES. Santo Dios!
LUIS. Disimulemos...
(*Saluda.*)
BEATRIZ. (*Aparte.*)
Saludo
ceremonioso...
(*Mirando á Inés de reojo.*)
semblante
conmovido.
LUIS. (*Aparte.*)
Estoy confuso.
BEATRIZ. Tome usted silla.
LUIS. (*Sentándose.*)
Señora...
BEATRIZ. De usted, no hará dos segundos,
hablábamos.
LUIS. Tanta dicha
he merecido?
INES. Presumo
que usted se figurará
del tal diálogo el asunto.
LUIS. No sospecho...
BEATRIZ. Dijo Inés...
INES. Dije á Beatriz y me fundo
en algo para decirlo,
que vuelve usted de esos mundos
muy otro, Luis.
LUIS. Ser podrá
que cambie en Madrid de rumbo;
que sacrifique al deber,
pues yo mis deberes cumplo
en todo, Inés, y por todo,
los sentimientos que muchos
olvidan y que yo guardo,
aunque secretos, muy puros.
BEATRIZ. (*Aparte.*)
Esplicaciones se dan

y en mi presencia. Qué insulto!

INES. Me responde usted de un modo...
se me figura que escucho
(*Riéndose.*)
la arenga de un misionero.
Perdone usted si me burlo
de su respuesta...
(*Aparte.*)
Ay de mí!

LUIS. La risa de usted disculpo.

BEATRIZ. Hace usted bien, primo mio.
(*Aparte.*)
Cuanto padece mi orgullo!
(*Levantándose: se dirige al velador y escribe.*)

INES. A dónde vas?

BEATRIZ. A escribir...

INES. Se puede saber?...

BEATRIZ. No oculto
nada, Inés, porque no tengo
que ocultar... sobre un asunto
de interés... Sigan ustedes...
si hago falta...

LUIS. El cielo puso
mucha amargura en mi alma;
por eso en silencio sufro,
y con mis lamentaciones
no mortifico á ninguno.

BEATRIZ. (*Escribiendo.*)
«Espero á usted al momento.»

INES. Vienes, Beatriz?

BEATRIZ. Ya concluyo...
Me necesitas?

INES. Pues no!...
Si el pobre Luis tan oscuro
me habla, que no le comprendo.

BEATRIZ. (*Cerrando la carta, de pie.*)
Quizás en sus viajes últimos
á Alemania quiso ser
un filósofo profundo,
y vuelve como un profeta
de misteriosos augurios...
(*Tira de la campanilla y aparece Ambrosio.*)

LUIS. Gastan ustedes humor!...

BEATRIZ. (*En voz baja.*)
Ambrosio... Cuidado! Al punto.

Te dejo por un instante,
querida, con mi futuro.

INES. Beatriz, no es posible...

BEATRIZ. Inés,
tan poco á los ojos tuyos
valgo yo, que asi me niegas
este favor?... Y te anuncio
que no he de tardar... Ya ves...
tengo baile y á mi gusto
no estoy, si por mí no veo
cuanto se arregla; tributo
que pago á mi vanidad...
No me despido; á lo sumo
tardaré...

INES. Beatriz!...

BEATRIZ. Adios...

INES. Ven pronto...

BEATRIZ. Cuatro minutos.

ESCENA XI.

INES. LUIS.

LUIS. Inés, Inés, un momento
clava los ojos en mí...

INES. Para qué?

LUIS. Para tormento
de un amor...

INES. Que es hoy aquí
delito y remordimiento.

LUIS. Te acuerdas, Inés...

INES. De todo;
no renovemos la historia
de ese amor que fué mi gloria,
si usted no me ofrece el modo
de echarla de mi memoria.

LUIS. Y quién el cupable ha sido
de situacion tan amarga?

INES. Cuando un deber se ha cumplido...

LUIS. Porque una ausencia fué larga
se justifica un olvido?

INES. Tenia el alma una cuerda
que vibró con fuerza en mí...

LUIS. Tu padre lo quiso?
INES. Sí:
y que ahora me gane ó pierda
porque á su ruego cedí,
no merece en mi pensar
tan ágria reconvencion,
cuando tengo que ocultar
mis ojos, para llorar
la pena del corazon...
LUIS. Inés... Inés...
INES. Olvidemos
esa edad; consideremos
que flores son los amores
en esta vida, y veremos
que mueren pronto las flores.
LUIS. Así será, pero yo
conservo en el alma pura
esas flores que alumbró
el astro que mas brilló
por su completa hermosura.
Y esas flores que condena
tu ingratitud, con su aroma
daban consuelo á mi pena,
lo mismo en Lóndres que en Viena,
lo mismo en París que en Roma.
Por donde quiera que fuí
tu imágen iba delante,
ni hubo hora en que no te ví,
Inés, ni pasó un instante
sin acordarme de tí;
y acaso me figuré...
INES. Silencio... recuerde usté
que falto cuando le escucho.
Silencio, Luis...
LUIS. Y por qué?
No ves que padezco mucho?
INES. Calle usted, vuelvo á decir...
LUIS. A dolor que es tan profundo,
es preferible morir.
INES. Y acaso para sufrir
solo usted, se ha hecho el mundo?
LUIS. Por ventura, tú?...
INES. Yo, no...
Soy feliz; voy al paseo,
trenes ricos me compró

quien ni en chanza pretendió
poner coto á mi deseo.
Tengo un palacio por casa,
salon de escudos y cascos;
muebles y espejos, sin tasa;
por donde quiera que pasa
mi vista brillan damascos:
trajes de blonda y brocado;
cadenas de plata y oro
no faltan á mi tocado,
y en mi gaveta hay guardado
de joyas casi un tesoro!
Ya ve usted que es mi existencia
de goces un ancho centro!

LUIS. Y el corazon?

INES. Qué demencia!
El grito de esa conciencia
no se oye, que muere dentro!

LUIS. Inés! Inés!...

INES. Ya es tocar,
amigo, en la tirania...
No viene usted á jurar
fé eterna sobre un altar?
No está cercano ese dia?

LUIS. No lo sé; de mí depende
ser rico dentro de un hora.

INES. Entonces, si usted comprende...

LUIS. Hay algo que no se vende,
que nunca vendí, señora...

INES. Ay! Ay! Me ahogo!...

LUIS. Inés,
qué tienes? Temblando estás!...
Si te ofendí, ya me ves
arrepentido á tus pies...
(*Luis intenta arrojarse á sus piés; Inés no se lo permite.*)

INES. Levántese usted...
(*Luis quiere estrechar la mano de Inés: Inés la retira.*)
Jámas.
Recuerde usted que se halla
en casa agena; recuerde
que en esta infernal batalla,
si grita el que menos pierde,
padece mas el que calla.

LUIS. Esposo de otra he de ser

si usted...

INES. (*Aparte.*)

Casarse los dos!...
y en brazos de otra mujer!
En tanto yo!... Padecer!...

LUIS. Respóndame usted...

INES. Adios.

(*Al dirigirse Inés á las habitaciones interiores, se presenta Alfredo por la puerta del fondo, con una carta en la mano.*)

ESCENA XII.

LUIS. INES. ALFREDO.

ALFRED. Inés!...

INES. Ay!

ALFRED. (*Saludando á Luis con amabilidad.*)

Perdone usted...
(*Afectando serenidad.*)
Tú aqui?

INES. (*Procurando dominar su agitacion.*)

Mi querido Alfredo...
vine á ver... ya te lo dije...

ALFRED. Y Beatriz?

LUIS. Beatriz? Adentro;
instantes hace no mas...
Se sienta usted?... Al momento
vendrá...

ALFRED. Mil gracias.. Inés...
qué palidez!

INES. (*Aparte.*)

Ay! no puedo
mas!... Se oscurecen mis ojos!...
(*Se sostiene de pie apoyándose en un sillon.*)

ESCENA XIII.

LUIS. INES. ALFREDO. BEATRIZ.

BEATRIZ. Alfredo!...
ALFRED. (*Dándose las manos.*)
Beatriz...
BEATRIZ. Celebro
la exactitud. Hace nada
que he salido y cuando vuelvo
me hallo con usted...
LUIS. (*Aparte.*)
Respiro...
ALFRED. (*Acudiendo á su socorro.*)
Inés, Inés...
INES. (*Desmayándose.*)
Yo fallezco.
(*Cae en los brazos de Alfredo.*)
BEATRIZ. Querida Inés...
(*Beatriz tira fuertemente de la campanilla: aparece Ambrosio.*)
LUIS. (*Aparte.*)
Desgraciada!
BEATRIZ. Un vaso de agua, corriendo.
ALFRED. (*Aparte.*)
Ya siento en el corazon
el torcedor de los celos!...
(*Inés vuelve en sí: Ambrosio entra con vasos de agua.*)
LUIS. Tome usted.
(*Inés bebe.*)
INES. Ya se ha pasado!
ALFRED. El agua te hará provecho.
INES. Me voy á casa...
BEATRIZ. Que pongan
el coche...
INES. No lo consiento...
si está dos pasos de aquí...
ALFRED. Con todo, Inés: siempre es bueno...
INES. No tal.
BEATRIZ. Mi futuro, entonces
á mis súplicas cediendo,

ir puede contigo, en tanto
que Alfredo me dá un consejo.
Ambrosio, irás tú tambien.

INES. Si mucho mejor me siento!
Gracias, Beatriz.

ALFRED. Inés mia,
si estás muy pálida...
(*A don Luis.*)
Ruego
á usted...

LUIS. (*Tomando su sombrero y ofreciendo el brazo á Inés.*)
Es obligacion!

INES. Alfredo!...

ALFRED. Inés... yo lo quiero...

INES. Adios, Beatriz.

BEATRIZ. Que te alivies...
(*A don Luis.*)
No tarde usted.

ALFRED. (*Besando la mano de Inés.*)
Hasta luego.
(*Inés toma el brazo de Luis y salen por la puerta del fondo. Ambrosio los sigue.*)

ESCENA XIII.

BEATRIZ. ALFREDO.

BEATRIZ. No sabe usted que me caso?

ALFRED. Pues no? Si mal no recuerdo,
Inés me ha dicho la cláusula
del curioso testamento.

BEATRIZ. Y qué me aconseja usted?

ALFRED. Casarse, Beatriz, y presto.

BEATRIZ. No tanto: bueno es pensar
con madurez y criterio...
Por lo mismo escribí á usted...

ALFRED. (*Enseñando la carta.*)
Es verdad; aquí la tengo.

BEATRIZ. Esta boda es un asunto,
amigo mio, tan sério,
que puede ser hasta causa...

ALFRED. Una boda no es proceso
que se debe examinar
con tanto detenimiento:
don Luis de Castro es un noble
muy antiguo; dos cangrejos
tiene en sus armas y un casco
con su lanza y...

BEATRIZ. Yo desciendo
de los nobles de Aragon
por el costado paterno.

ALFRED. Entonces, cásese usted.

BEATRIZ. Gracias á Dios, el dinero
me sobra, que mi difunto...

ALFRED. Cásese usted...

BEATRIZ. Y no es esto
que yo niegue al tal don Luis
las cualidades de ingenio,
de ser galan...

ALFRED. Es un mozo,
Beatriz querida, completo.
Cásese usted...

BEATRIZ. Sin embargo...
Sacrificarme de nuevo...
dejar de ser libre!... No;
mi libertad es primero...
Y si al fin don Luis viniera
como Inés en otro tiempo
le conoció, menos malo...

ALFRED. Y diga usted, estuvieron
Inés y don Luis á solas
mucho rato?

BEATRIZ. Por supuesto,
me dijo Inés, que ha cambiado
completamente de genio.

ALFRED. Y hablaron?... de qué? Se sabe?

BEATRIZ. Caprichoso y embustero...

ALFRED. Oyó usted lo que decian?

BEATRIZ. Y no me gustó por cierto
lo que ví.

ALFRED. Qué ha visto usted?

BEATRIZ. Un aire tan... Yo me entiendo...

ALFRED. Hable usted...

BEATRIZ. Un aire...

ALFRED. Así...
tan libre, tan desenvuelto

con Inés...

BEATRIZ. Qué dice usted?...

ALFRED. Cásese usted... que es mancebo
de prendas el de Rivera...
Lo digo como lo siento.
Qué habrá pasado que tarda
tanto !

BEATRIZ. No tal.

ALFRED. Lo veremos.

BEATRIZ. El reloj.

ALFRED. (*Viendo la hora.*)
Las cuatro y media,
y á las tres, Beatriz, se fueron.

BEATRIZ. No, señor.

ALFRED. Pues mi Breguet
no se adelanta ex-profeso...
(*Enseñándole la hora.*)
Vea usted.

BEATRIZ. Las tres y media.

ALFRED. Le sobra á usted por entero
la razon.

BEATRIZ. Habrá subido
con Inés... y...

ALFRED. (*Aparte.*)
(No lo creo...)
(*Aparece Luis.*)
Aquí está.

ESCENA XIV.

LUIS. BEATRIZ. ALFREDO.

LUIS. Llegó tan buena...

ALFRED. (*Tomando el sombrero.*)
En ese caso me ausento.

BEATRIZ. (*Dándose las manos.*)
Adios !

ALFRED. A los pies de usted.
Señor don Luis...
(*Se saludan con grande amabilidad. Alfredo se retira por el foro.*)

LUIS. Caballero..

ESCENA XV.

BEATRIZ. LUIS.

LUIS. Ya que solos nos dejaron,
señora y prima, las gentes
que á admirar la galanura
de tantos hechizos vienen...
BEATRIZ. Lisonjas tan sin motivo,
dan lugar á que sospeche,
primo y señor...
LUIS. Es moneda
en este mundo corriente
decir la verdad si agrada,
callarla cuando moleste...
Pero dejemos á un lado,
Beatriz, verdades corteses,
y hablemos de nuestro asunto.
BEATRIZ. Es lo mejor; me parece...
LUIS. Ya sabe usted que murió
nuestro tio.
BEATRIZ. Hará dos meses;
y hasta ayer, sin ir mas lejos,
no supe lo que previene
su testamento.
LUIS. De veras?
BEATRIZ. De esas cosas que suceden.
LUIS. Sin embargo, yo escribí,
si no me engaño, á los trece
dias del fallecimiento.
BEATRIZ. Primera mentira. Debe
la carta haberse estraviado,
aunque lo dudo.
LUIS. Y qué tiene
de estraño?
BEATRIZ. Porque hay ahora
ministro que no se duerme,
y una carta no es periódico
de oposicion que se pierde.
LUIS. Seguiré.
BEATRIZ. Prosiga usted.
LUIS. Mi tio, Beatriz, pretende

que el lazo del matrimonio...
BEATRIZ. Ya lo sé.
LUIS. Mas yo que siempre
obré con delicadeza,
no he de permitir se lleve
á efecto su voluntad,
si el tal matrimonio puede
desbaratar otros planes
de porvenir mas alegre
para usted.
BEATRIZ. (*Aparte.*)
(Ya la soltó.)
Primo y señor, felizmente
no tengo, aunque viuda y jóven,
amores que me sujeten.
LUIS. Habla usted, prima, de veras?
BEATRIZ De veras hablo.
LUIS. Parece
mentira!
BEATRIZ. Qué quiere usted!
Si el difunto, y Dios le premie!
para mí del matrimonio
la antorcha sacra no enciende,
llego á viuda de cuarenta
de viuda de veinte y siete.
LUIS. Y en Madrid no han reparado
en el rubor de esa frente,
en el volcan de esos ojos,
ni en esa cintura leve?
BEATRIZ. Nada, primo.
LUIS. Ni en la mano?...
BEATRIZ. (*Enseñando el pié.*)
Ni en el pié.
LUIS. No se comprende.
BEATRIZ. Son cosas del mundo!
LUIS. Entonces
importa que usted se entere
de mi caracter, si al cabo,
cumpliendo como obedientes,
hemos de ser...
BEATRIZ. Mas que primos...
Verdad que el asunto es este?
LUIS. Sí, Beatriz: soy melancólico,
suspicaz, impertinente,
pregunton; paso los dias...

qué digo los dias? meses
sin ver á nadie; el esplin
suele ser en mí tan fuerte,
que aburro á cuantos me cercan
por lo tenaz y rebelde.

BEATRIZ. No será muy divertido
vivir con usted; mas cueste
lo que costare, el amor
que mas imposibles vence,
hará que el esplin se vaya,
y usted verá que no vuelve.

LUIS. Soy jugador.

BEATRIZ. Mala cosa.

LUIS. Disputador insolente.

BEATRIZ. No habrá disputas conmigo.

LUIS. Camorrista y por apéndice
espadachin.

BEATRIZ. Que me place
la cualidad: envanece
llevar al lado un marido
que en una ocasion se muestre...

LUIS. (*Aparte.*)
(Cuidado con la primita!)

BEATRIZ. (Pues el primito no miente!)

LUIS. Otro defecto.

BEATRIZ. Qué? Hay mas?

LUIS. Soy celoso, hasta ponerme
como un tigre; me alboroto,
en un vértigo se envuelve
mi razon y es para mí
en ese instante solemne
la mujer frágil cristal,
que con placer indeleble
despedazo...

BEATRIZ. Y quién no gusta,
como de un maná celeste,
de ese amor arrebatado
que el buen poeta engrandece,
ya pinte en Venecia á Otelo,
ya en Asia á Orosman invente?
(*Aparte.*)
Y le han de venir pintados
los moriscos alquiceles.

LUIS. Me retiro por la noche...

BEATRIZ. Muy tarde?

LUIS. Cuando amanece.
BEATRIZ. No me gusta esa costumbre.
LUIS. No es fácil que la remedie.
BEATRIZ. Eso ya pica en historia.
LUIS. Si he dicho ya que no hay ente
mas fastidioso que yo!
Si es imposible se encuentre
mujer que de buena fé
en darme la mano piense!
BEATRIZ. Si es verdad lo que usted dice...
No jure usted que se ofende
á Dios!
LUIS. Confieso tambien
que vivo en el alma hierve
otro amor!...
BEATRIZ. Gracias al cielo
que una verdad se desprende
de su boca!
LUIS. Y diga usted,
habrá quien se considere
dichosa conmigo?
BEATRIZ. Yo.
LUIS. Nada ve usted que la aterre?
BEATRIZ. Nada, primo... Inés casóse
con Alfredo sin quererle,
y son tan felices hoy
que envidia dan á las gentes.
LUIS. (*Disimulando su rabia.*)
Está bien; si nos casamos,
haré porque usted celebre
con el tiempo su eleccion...
(*Levantándose.*)
(La he de meter en un brete.
No ha de ver la luz del dia!)
BEATRIZ. Qué es eso, primito, hay fiebre?...
LUIS. Sí, señora, estoy ardiendo...
BEATRIZ. El esplin?
LUIS. Sí; me acomete
con tanta facilidad!...
BEATRIZ. Y es mucho lo que padece?
LUIS. Mucho, sí.
BEATRIZ. Me lo figuro...
(*Luis toma el sombrero.*)
Se va usted?
LUIS. Otros quehaceres

me llaman.

BEATRIZ. Que no se olvide...
cuanto mas pronto se arregle,
mejor.

LUIS. Estoy... á los piés
de usted.

BEATRIZ. Que el caso es urjente,
y no sufriré mas trámites
que los que marcan las leyes.
(Luis saluda desde la puerta y se retira.)
Trescientos setenta mil
de renta líquida pierdes,
si te echas á don Quijote
en el siglo diez y nueve.

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

La misma decoracion: las puertas del fondo abiertas: se ven los salones del baile, vistosamente engalanados; las señoras y caballeros circulan en todas direcciones: música á lo lejos. Criados y lacayos, con vizcochos, dulces y refrescos.

ESCENA PRIMERA.

LUIS. ALFREDO. *Poco despues el* VIZCONDE.

LUIS. (*Aparte á la izquierda.*)
Bailad, bailad, los que nécios
nada sentis en el alma;
los que veis en esta vida
divertimiento, algazara,
materialismo...
ALFRED. (*Aparte á la derecha.*)
Ayer noche
Inés me ocultó sus lágrimas;
se levantó muy temprano;
salió despues y en la casa

de Beatriz... Vamos con tiento,
que de la honra se trata:
prudencia! que á mí me toca
velar por mi honor!
(*Aparece el vizconde.*)

VIZCON. (Estátuas
de mármol los dos parecen.
Empecemos la batalla
y pues tú no has de caer,
vizconde, caiga el que caiga.)
Alfredo...

ALFRED. (*Saludando con amabilidad.*)
Vizconde...

VIZCON. Luis.

LUIS. Qué quieres?

VIZCON. No me esperabas?

LUIS. No tal; te daba en el baile.

VIZCON. Te engañaste; ya no bailan
sino los pollos.
(*A Alfredo.*)
Y usted?

ALFRED. Los maridos no se cansan
en estar... A lo mejor
se eclipsan, sino se marchan.

LUIS. Y como es que tú, vizconde,
te encuentras en esta sala
tan solo, tan...

VIZCON. Porque estoy
examinando, con ansia
de comprenderlo, el problema
del matrimonio, y tan árdua
materia, Luis, necesita
de reflexion solitaria.
Y á propósito... cuál es
la opinion autorizada
de ustedes en el asunto?

ALFRED. El matrimonio es muy santa
institucion.

VIZCON. Sin embargo...
el buen tono como carga
la tiene.

ALFRED. Pues aun así...
no pesa cuando es honrada.

VIZCON. Y tú, qué me dices?

LUIS. Yo?

Que nunca un baile fué cátedra
de matrimonios.

VIZCON. Con todo,
se han bailado contradanzas
de menos complicacion
que ciertos enlaces...

LUIS. Basta,
vizconde...

VIZCON. Bien; callaré,
pues veo que no te agrada
la conversacion. Tus bodas
que se anuncian tan cercanas,
me hicieron reflexionar
sobre este asunto.

ALFRED. Se casa
usted?

VIZCON. Algunos lo niegan,
y dicen que hay repugnancia
por parte de Luis, y añaden
que sacrifica en las aras
de otro amor boda y riquezas...

ALFRED. No lo creo: usted se engaña,
vizconde.

VIZCON. Responde, Luis.

LUIS. Tienes buen humor!

ALFRED. (*Aparte.*)
(Se calla!)
Renuncia usted á vivir
en la opulencia?

VIZCON. Rechaza
posicion, riquezas, nombre,
por una ilusion liviana
que agita en su corazon
misteriosas esperanzas.

ALFRED. Y usted lo renuncia todo?
Y en sus adentros alaba
lo grande del sacrificio?
No sabe usted que una ingrata
la imágen es de la sierpe
con cintas engalanada?
No sabe usted que en sus labios
está el veneno que mata,
nunca el licor de la dicha,
jamás del amor el ambar?
Y usted renuncia por ella?...

Señor don Luis, pintan calva
la ocasion y de un cabello,
cuando viene, hay que agarrarla.
El mundo es hoy lo que ha sido;
quien tiene dinero, gasta,
y quien gasta es en el mundo
un nuevo dios que levanta
la sociedad; la pobreza
nos envilece y no falta
quien haya dicho en sus libros
que es la miseria una amarga
carcajada que el demonio
arroja al hombre en la cara.

LUIS. Sin negar á usted, Alfredo,
que hay verdad en lo que acaba
de decirme, sin embargo
el matrimonio me espanta.
No sé lo que haré; Beatriz
es jóven, amable, franca;
de belleza es un modelo
y además acaudalada...
Pues bien, este matrimonio
no sé por qué me acobarda.

VIZCON. Contigo pan y cebolla.
Huyamos y allá en las Pampas...

ALFRED. Huyamos! Quién?

VIZCON. Romantico.

LUIS. Su humor entretiene ó carga...

VIZCON. Segun lo toman las gentes.

ALFRED. (*Aparte y retirándose á un lado con aire meditabundo.*)
Alfredo, silencio y calma!

VIZCON. Me han dicho, Luis, que es Inés
el objeto de tus ansias.

LUIS. No es verdad.

VIZCON. Yo la idolatro.

LUIS. Vizconde, puedes amarla
cuanto gustes.

VIZCON. No me engañes;
la amistad debe ser franca.

LUIS. La he conocido muy niña,
vizconde, desde la infancia.

VIZCON. Mira que soy vengativo,
que es condicion de mi raza,
que además soy mallorquin.

LUIS. No vives mas que de farsas.
Déjame en paz.
VIZCON. Está bien.
(Vizconde, caiga el que caiga.)

ESCENA II.

LUIS. EL VIZCONDE. ALFREDO. BEATRIZ. EL GENERAL *dando el brazo á Beatriz.*

BEATRIZ. General, si están aquí!
A todos tres los buscaba,
y al cabo los encontré.
ALFRED. De veras, Beatriz?
LUIS. Tamaña
distincion...
VIZCON. A quién se debe?
BEATRIZ. Al General.
VIZCON. Y qué causa?
BEATRIZ. La mas sencilla, vizconde;
dióme su brazo, y es harta
su condescendencia ya;
por mí se fatiga y anda,
y pasea mas acaso
de lo que importa.
(*Beatriz deja el brazo del General.*)
GENERA. Se engaña,
que me hallo muy satisfecho
de ser su Amadis de Gaula,
al ver que estando mas bella
se encuentra tan solitaria.
VIZCON. (*Ofreciéndola el brazo.*)
Vizcondesa...
BEATRIZ. Luis, el brazo.
LUIS. Por tal sorpresa mil gracias.
BEATRIZ. Bueno es que usted se acostumbre.
Y... hay algo resuelto?
LUIS. Nada.
BEATRIZ. No? Paciencia! Esperaré.
LUIS. Espere usted.
GENERA. (*A Alfredo.*)
Qué te pasa?
ALFRED. Qué puede pasarme, tio?
GENERA. Hay cierta tinta en tu cara

de tristeza y mal humor...

BEATRIZ. (*A todos.*)
Vamos?

VIZCON. Al punto.
(*Beatriz se retira con Luis y entra en los salones.*)

ESCENA III.

EL VIZCONDE. ALFREDO. EL GENERAL.

VIZCON. (*A Alfredo y al General.*)
Palabra.
Usted que es hombre machucho,
y usted que muy alto raya
en esto de penetrar
misterios y zarandajas
del mundo, no han sospechado
quién sea la oculta dama
que ha vuelto el juicio á Rivera?

GENERA. No lo sé.

VIZCON. Dicen que es larga
la fecha de sus amores.

ALFRED. Y usted en saberlo gana
alguna cosa, vizconde?

VIZCON. Yo no.

ALFRED. Pues entonces ancha
Castilla, y no enturbie usted,
pues no ha de beberla, el agua.

VIZCON. Por saber y por hablar
despues...

ALFRED. A veces la charla,
con intencion ó sin ella,
suele costarnos muy cara.

VIZCON. Es advertencia?

ALFRED. Es consejo.

GENERA. Y á tí quién te mete?... Vaya,
vaya! Vámonos, vizconde;
dejémosle con su rancia
doctrina: el hombre ha de hacer
aquello que mas le agrada.
(*Se retiran por el fondo el General y el Vizconde hablando con animacion. Arturo sale precipitadamente: el General tropieza con él, le mira y sigue su camino.*)

ESCENA IV.

ARTURO. ALFREDO.

ARTURO. *(Al General.)*
Ya van dos! Es mucho cuento
con el hombre!... Tropezando
conmigo á cada momento.
ALFRED. Qué importa?
ARTURO. Me voy cargando...
y si me irrito!...
ALFRED. Con tiento,
Arturo, que al fin sus años
le autorizan.
ARTURO. Que modere
esos ímpetus uraños
de su carácter, si quiere
respeto de los estraños.
ALFRED. Olvide usted desafueros
que no llevan intencion...
la prudencia es la razon
mejor de los caballeros
de tan alta condicion.
(Algunos caballeros y señoras atraviesan la escena durante este diálogo y se entran por la puerta de la derecha.)
ARTURO. Mil gracias por la advertencia.
ALFRED. Y á dónde se vá?
ARTURO. Al buffet.
ALFRED. Y niega usted su presencia,
Arturo, á la concurrencia?
ARTURO. Alfredo, véngase usté.
ALFRED. No es cosa en que me divierto.
ARTURO. Mire usted que sorprendente
será.
ALFRED. Me es indiferente.
ARTURO. El salon ya está desierto.
Venga usted; se vá la gente...
No se quede usted aqui
tan solo...
ALFRED. En mi soledad
he de gozar mas que allí.
ARTURO. Poco puede mi amistad?
ALFRED. Vale mucho para mí.

Vamos, pues.

ARTURO. Y le procuro
un buen rato.

ALFRED. Así lo creo.

ARTURO. El brazo... se lo aseguro...
si me equivoco, el deseo
suplirá...

ALFRED. Muy bien, Arturo!
(*Se entran por la puerta de la derecha.*)

ESCENA V.

LUIS. INÉS *que entra por el fondo.*

LUIS. Querida Inés, dos palabras;
serán las postreras voces
de este amor que en otros dias
sembró tu vida de flores.

INES. No, Luis: de modo ninguno:
quizás nuestra ausencia noten
y no faltarán sin duda
ojos investigadores
que me busquen.

LUIS. No es posible
en tan confuso desórden.
Los unos bailan, Inés;
los otros se van veloces
en pos de ricos manjares...
Siéntate; no te incomoden
memorias, Inés, que viven
dentro del alma muy dóciles,
y solo á esperar se atreven
el adios que las otorgues.

INES. Dije á usted esta mañana
que deberes superiores,
sagrados...

LUIS. Y quién te dice,
Inés, que los abandones?
Una palabra de amor,
y hoy mismo, esta misma noche
renuncio á todo; á Madrid
dejo y en otras regiones
viviré...

INES. Por causa mia
va usted á perder los goces
de la opulencia? Un enlace
con quien es tan rica y noble
que miramientos alcanza
de soberana en la córte?
Por mí se resigna usted
en este siglo á ser pobre?

LUIS. Tu amor, Inés, es mi vida!
Si es ese el precio que pones
á tu amor, pobre seré...
Me quieres, aun? Responde.

INES. Y usted se figura, Luis,
que á tales conversaciones
me entrego yo por capricho,
por vanidad? No conoce
usted mismo que en el alma
grabadas tengo ilusiones
antiguas, recuerdos puros,
ardientes y encantadores
de amor que vivió conmigo
sin yo saber, desde entonces,
sin yo querer que volviera
sin yo decir que me estorbe?...

LUIS.. Inés, Inés...

INES. Nada valen,
ni el triste llanto que corre
de mis ojos, ni la pena
que mi existencia corroe
desde ayer? Porque usted quiere
fuerza es que yo me desborde
en mi pasion y que vaya
por calles, plazas y bosques
diciendo lo que aun oculto
aquí dentro tiene el nombre
de crímen? Gritando á todos...
« Aquel es; nadie me acose
» en mi camino... En el mundo
» no hay nada que me acomode
» sino Luis. — Tengo un marido...
» no importa que se sonroje
» de haber unido á la mia
» su suerte; llevéle en dote
» mi virtud y la he perdido,
» mi fama y la hago girones... »

Ay, Luis!... El amor á veces
del egoismo se pone
la careta y llega al fin
á ser repugnante y torpe...

LUIS. Inés, mi vida!... mi dios!...

INES. No hay vida que no se ahogue
bajo el crímen; no hay belleza
que envilecida soporte
con calma y resignacion,
sin que sucumba á sus golpes,
el desprecio que la escupe,
de la conciencia el azote.

LUIS. Inés, yo te juro aquí,
por la memoria del hombre
que el ser me dió, no turbar
con amantes pretensiones
la paz de tu corazon,
con tal, Inés, de que broten
de tu boca unas palabras
de amor, que en la ausencia borren
las dudas que el alma tiene.

INES. Y así te alejas conforme?
En un tiempo eras féliz
con solo escuchar los sones
del harpa y el dulce canto
de tu Inés; nuestros amores
pasaron! No volverán,
por mas que tu afan recoge
palabras que arroja al viento
la verdad que aquí se esconde.

LUIS. Inés!... Inés!...

INES. Te lo juro;
de mí no esperes que doble
la cerviz... Para memoria
de aquella pasion que indócil
vive aquí...
(*Dáadole el ramo.*)
Toma... es tan pura
que debe dar solo flores,
y un poco de llanto mio
que las queme y las agoste.
(*Dándole el pañuelo despues de haberse enjugado las lágrimas.*)

LUIS. Inés, para siempre!... adios!...

INES. Olvídame...

LUIS. (*Arrodillándose y besándole la mano.*)
No !...
(*Se levanta.*)
El vizconde.
(*Al presentarse el vizconde que ha visto á Luis arrodillado, este se guarda precipitadamente el pañuelo entre el chaleco y la camisa sobre el corazon, pero de manera que se vean las puntas.*)

ESCENA VI.

EL VIZCONDE. INÉS. LUIS.

VIZCON. Asi principia el segundo
tomo de un cuento dramático
con puntas de epigramático,
que ha de dar la vuelta al mundo.
LUIS. Vizconde, le escribes tú?
VIZCON. Sí, por cierto.
LUIS. Estará lleno
de chiste...
VIZCON. El asunto es bueno...
picante... Vale un Perú!
Voy á esplicarte cuál es
en dos palabras.
INES. No quiero
que usted se canse... prefiero
leerle.
VIZCON. Alfredo!
ALFRED. (*Aparte entrando.*)
Los tres!

ESCENA VII.

ALFREDO. INÉS. LUIS. *El* VIZCONDE.

ALFRED. Qué hay de nuevo?
INES. El buen humor
del vizconde, se entretiene
en referirnos, que tiene
escrito...
ALFRED. Usted escritor?
VIZCON. En mis momentos de esplin

me doy á escribir.

ALFRED. Historias
que recuerden nuestras glorias?

VIZCON. No; historias de folletin.
Empiezo, y punto por punto
la he de contar.

ALFRED. De tal modo
que se entienda?

VIZCON. Alfredo, todo.
Personages de mi asunto:
un marido bonachon,
un pretendiente, una dama
y un galan.

ALFRED. Esto se llama
ser claro en la esplicacion.

LUIS. Vizconde!...
(*Se oye música de wals.*)

INES. (*A Luis.*)
El wals ofrecido...

ALFRED. Espera, que rayaria
tu ausencia en descortesia.
Siga el cuento interrumpido.

VIZCON. Una dama pobre y bella
amando á mas no poder
á cierto galan, mujer
fué de otro. Su mala estrella
la llevó al mundo despues,
y en él asaz imprudente
se burló de un pretendiente
á su amor...

ALFRED. Hay interés
en el asunto...

LUIS. No veo...

ALFRED. Que no?... Pues á mí me agrada.

INES. No encuentro en la historia nada...

LUIS. Ni en mí despierta el deseo...

VIZCON. No? Ya verás; entretanto
que ella aqui su mano daba,
el primer galan viajaba...

INES. (*Aparte.*)
Mi culpa no es para tanto!...
Valor y serenidad!

ALFRED. Siga usted que me divierte
oir contar de esa suerte...
con tal naturalidad...

(No paga su sangre toda
tan infame villania.)

VIZCON. Pasó tiempo y llegó un dia...
aquí episodio de boda,
y se juntaron los dos.
Primera parte del cuento.

INES. Queda para otro momento
la segunda.

ALFRED. No, por Dios!...
que juntos ya los amantes,
de encuentro tan singular
sin remedio han de brotar
escenas interesantes...
Siga usted.

VIZCON. En la segunda
he de poner, bien descrita
se sobrentiende, una cita,
que en estos lances abunda...
cualquier romance de amores...
y en esta cita ha de haber
por fuerza que recojer
algun ramito de flores.
(Alfredo fija los ojos en el ramo de flores.)
Mucho de mi bien, mi cielo,
de arrodillarse el galan,
y sin miedo al qué dirán,
como prenda algun pañuelo.
(Involuntariamente Luis procura esconder el pañuelo con disimulo; pero Alfredo sigue sus movimientos con la vista.)
Eh! Qué tal?

ALFRED. Sube de punto
el intérés. Y por dónde
se desenlaza, vizconde,
(Inés conmovida se sienta en el sofá.)
tan enmarañado asunto?
(Con cariño.)
Inés?... Te vuelve el vahido
de esta mañana?

INES. Me voy.

ALFRED. No estás para bailes hoy?
Ni aun para el wals ofrecido?

INES. No, Alfredo.

LUIS. *(Con amabilidad afectada.)*
Puedes oir,

vizconde?
(*Alfredo al mismo tiempo que atiende á Inés, los observa.*)

VIZCON. (*Acercándose.*)
Qué quieres?

LUIS. (*En voz baja.*)
Quiero,
porque eres mal caballero,
matarte pronto ó morir.

VIZCON. No se engaña á la amistad
impunemente.

LUIS. Villano,
habla mas bajo, ó mi mano
te despedaza.

INES. Es verdad;
tomar el aire es mejor.

LUIS. A las dos y con espada.

VIZCON. El arma que mas me agrada.

LUIS. Vizconde, que va el honor
de una mujer...

ALFRED. Ya se pasa,
mi bien. No es cierto?

INES. (*Levantándose.*)
Si tal.

ALFRED. Jesus! qué pícaro mal!
Y siempre fuera de casa!
No estés tan triste!... Rivera,
dé usted el brazo á mi Inés...
Alégrate... No me ves
á mí? Si alguno te viera,
creeria...

INES. (*Aparte.*)
Qué humillacion!...
(*Tomando el brazo de Luis.*)
Alfredo, no vienes tú?

ALFRED. Yo no! Vete al ambigú...
no te vuelvas al salon.
Yo supongo que hecho un áscua
está el marido entre tanto?

VIZCON. No señor; porque es un santo
con mofletillos de Pascua.

ALFRED. (*Pronuncia estos versos enmedio de grandes risotadas: Inés y Luis se rien tambien. Alfredo los acompaña hasta la puerta de la derecha: El vizconde se dirije á los salones por la del foro.*)

Bravo, vizconde!... Dios mio!
no puedo... ríete, Inés...
y usted tambien. Tú no ves
con cuánto gusto me rio!

ESCENA VIII.

ALFREDO.

Ay! Sal de mi corazon,
dolor que me atormentabas,
en lágrimas por mis ojos,
y en sangre con mis palabras.
Le mataré!... Con la suya
sabré lavarme la infamia
que arrojó sobre mi nombre
su lengua desvergonzada;
y haré pedazos tu lengua,
vizconde, vizconde!... Oh rabia!
La ira nubla mis ojos,
y la voz en mi garganta
se ahoga; todo mi cuerpo
estremecido se exalta,
y ríese el corazon
y alégranse las entrañas
al contemplar que ya toco
el placer de la venganza.
Y cómo ir hasta ella
sin esponerme á que caiga
sobre el cristal trasparente
de mi opinion y mi fama
el mote ruin con que insultan
los hombres esta desgracia?
Silencio, prudencia, Alfredo,
y atolondrado no vayas
tú mismo á precipitar
sobre tu nombre esa mancha.
(*Se pasea en la mayor agitacion.*)
Inés le quiso en un tiempo...
Inés ayer me juraba
que despues... Luis vino luego...
habló con ella... En la casa
de Beatriz... Al verme, Inés

convulsa, desalentada,
se desmayó... Por la noche
el baile... Prendióse cuantas
preseas le dió mi amor...
Y qué me importan sus galas
ni su amor, cuando mi honra,
la honra que se maltrata,
en la lengua del vizconde
será de Madrid la fábula?
Don Luis... no me queda duda...
por su descaro y audacia
retó al vizconde... Si yo
no me anticipo, mañana
dirán por do quier las gentes
que Inés del duelo fué causa,
que por Inés con Beatriz
la boda don Luis rechaza;
y al decirlo irá mi honra
con razon despedazada
por esos mundos de Dios
sirviendo á todos de farsa....
No señor, yo soy primero;
antes que yo nadie saca
la espada en favor de Inés,
y si el vizconde me mata.
diga despues lo que quiera,
la sociedad; no me espantan
sus burlas: y si le mato,
pondránse todos mordaza,
que historias de folletin
escritas con sangre humana,
producirán tal efecto
que nadie querrá esplicarlas.
Asi pues dentro de poco...
Alfredo, prudencia y calma...
Don Luis!... Despues... Es preciso
á distintas circunstancias,
diferente proceder...
Inés! Inés! Se me saltan
las lágrimas de los ojos,
y el corazon se me arranca
del pecho! Inés! Alguien viene...
Prudencia ...
(*Aparece el vizconde.*)
Dios mio, gracias!

ESCENA IX.

ALFREDO. EL VIZCONDE.

ALFRED. Usted por aquí, vizconde?
Cómo tan solo?
VIZCON. No puedo
sufrir el calor: me ahogo
en los salones, Alfredo.
ALFRED. De veras?
VIZCON. Se ha puesto ya
el viento del buen humor?
ALFRED. No señor, que he sido siempre
en las materias de honor
muy quisquilloso...
VIZCOND. Y acaso
he dado yo á usted motivo?...
Si es asi, como advertencia
aquel consejo recibo.
ALFRED. A risa no tome usted
lo del consejo, que es grave...
VIZCOND. De qué se trata?
ALFRED. Vizconde!...
VIZCOND. No adivino...
ALFRED. Usted lo sabe,
y haciendo á usted la justicia
que se merece, no puedo
suponer que usted no quiere
hablar... porque tiene miedo...
VIZCOND. Yo miedo? Pregunte usted,
que he de esplicarme, por Dios!
ALFRED. Ya empezamos á entendernos,
señor vizconde, los dos!...
Me han dicho...
VIZCON. Pronto.
ALFRED. Cuidado,
vizconde, que no permito
que en mi presencia ninguno
mas que yo levante el grito.
VIZCON. Ni yo he tenido paciencia

igual en mi vida, Alfredo.

ALFRED. La paciencia es muchas veces
el sinónimo del miedo.

VIZCON. Miserable!

ALFRED. (*Sujetándole la mano.*)
Quieto ahí...
Estamos en casa ajena.

VIZCON. Yo no comprendo á este hombre.
Hable usted, que no sin pena
tranquilo le escucharé.

ALFRED. Me han dicho que usted proclama
por todas partes, vizconde,
en perjuicio de mi fama,
que en cierta ocasion cobarde
estuve con un don Juan
de Ozores, hombre perdido,
disipador y truhan.

VIZCON. No es verdad; ni yo sabia
de lance tal, ni he contado
paparrucha semejante:
este es un cuento forjado
con mala intencion sin duda.

ALFRED. Me han dicho tambien que usté
se rie de mi bondad,
llamándola buena fé
de marido candoroso.

VIZCON. No es cierto.

ALFRED. Que miento yo,
señor vizconde?

VIZCON. Si usted
en provocar se empeñó
un lance, no se incomode
en buscar pretestos vanos:
á todas horas del dia
me sobran valor y manos.

ALFRED. Hay razon.

VIZCON. Cuál es entonces?
Sépala antes de reñir.

ALFRED. Pues no ha conocido usted
que no la quiero decir?

VIZCON. Hora?

ALFRED. Mañana á las dos.

VIZCON. Perdone, por Dios, hermano;
tengo otro á la misma hora.

ALFRED. A las siete.

VIZCON. Es muy temprano.
ALFRED. A las once.
VIZCON. Me conviene.
Armas?
ALFRED. Espada ó pistola.
VIZCON. Distancia?
ALFRED. La que designen.
VIZCON. Adios.
ALFRED. Adios.
VIZCON. Carambola
mejor en mis aventuras
galantes no la he tenido:
librarme puedo mañana
del amante y del marido.
(Váse por la derecha y saluda al General que entra por la misma puerta.)

ESCENA X.

ALFREDO. EL GENERAL.

GENERA. Jesus! Jesus! Qué tropel
en el ambigú! Qué gresca!
Y está abundante... eso sí!
el Champagne no escasea...
De toda la temporada
es sin disputa la fiesta
mas brillante... Y tú, qué tienes?
Por qué no has ido á la mesa?
ALFRED. Porque un asunto mas grave
aquí me detuvo...
GENERA. Y era?...
ALFRED. Escuche usted; necesito
primero de su esperiencia,
y despues de su valor...
GENERA. Habla, sobrino, y apriesa...
Qué ha sucedido?
ALFRED. Que Inés
por loca ó por indiscreta
compromete su decoro.
GENERA. Son celos?
ALFRED. Son... evidencias.

Inés adora...
GENERA. Al vizconde?...
ALFRED. No señor.
GENERA. A quién?
ALFRED. Se acuerda
de don Luis que fué su amante.
GENERA. Don Luis de Castro y Rivera?
ALFRED. Sí señor.
GENERA. Fácil remedio...
entre ella y don Luis, cien leguas.
ALFRED. Es que el vizconde...
GENERA. Tambien?
ALFRED. Con descarada insolencia
la insultó...
GENERA. Sobrino!
ALFRED. Y luego,
como es natural que hiciera,
don Luis de su proceder
pidióle al vizconde cuenta.
Yo entonces, porque los dos
ignorasen la vergüenza
de mi situacion, callé...
pero despues...
GENERA. No suspendas
tu narracion, por San Márcos!
ALFRED. Historias, señor, como estas,
hasta despues que se escriben
con sangre, á nadie se cuentan.
GENERA. Alfredo, mi autoridad
lo manda; soy la cabeza
principal de la familia,
y mi egoismo no piensa
soportar impunemente
ultrajes á mi nobleza.
ALFRED. Aparte llamé al vizconde
y le he retado...
GENERA. (*Estrechándole la mano.*)
Esta diestra
te dice que hiciste bien.
ALFRED. Mi cuestion es la primera
que se ha de zanjar mañana,
y evito así se entretenga
el vizconde refiriendo
la causa de su querella
con don Luis, pues yo le he dado

otro pretesto á la nuestra.
GENERA. Bien, sobrino!
ALFRED. Usted será
el padrino.
GENERA. Lo que quieras...
con mucho gusto...
(*Aparte y separándose un poco de Alfredo.*)
Qué sábio
he sido! Y luego se empeñan
en decir... Si es el que sigo
el mejor de los sistemas!
Nunca he querido casarme
por estas y otras prebendas.
ALFRED. Despues de acabado el lance
con el vizconde, si es buena
mi salud, con el don Luis
otro mas sério nos queda...
GENERA. Sobrino... de ningun modo.
ALFRED. Por qué razon?
GENERA. A su ofensa,
venganza mas que castigo:
le casas, y asi te vengas.
Pero ya vuelven las gentes...
Tranquilidad y prudencia.

ESCENA XI.

INÉS. BEATRIZ. ALFREDO. VIZCONDE. LUIS. GENERAL. ARTURO.
SEÑORAS Y CABALLEROS.

(*Algunos caballeros llevan los ramos de flores de las señoras, y se pasean dándolas el brazo; otras parejas se sientan.* ALFREDO, *sobreponiéndose al pesar que le abruma, está alegre y obsequioso con* INÉS *y con* BEATRIZ. INÉS *muy triste.* LUIS *pensativo.* BEATRIZ *atiende á los convidados y observa cuanto pasa.* ARTURO *impaciente, de mal humor. El* VIZCONDE *bullicioso.*)

BEATRIZ. No tanto, señor vizconde;
un baile sin pretension,
de amigos: no corresponde,

ni con mucho, á ese monton
(*Paseándose.*)
de elogios que usted relata...

VICOZN. He dicho á usted lo que siento,
y es la vajilla de plata,
por su labor, un portento.

BEATRIZ. Herencia de mi difunto.

VIZCON. Gran baile y mejor buffet!
Qué detalles! qué conjunto!

BEATRIZ. Vizconde, cállese usté.
General, en qué se piensa?

GENERA. En qué, Beatriz? En que está
esta atmósfera muy densa.

BEATRIZ. Pues pronto se aclarará..

GENERA. Así lo espero, sobrina...

BEATRIZ. Alfredo...

GENERA. Vamos, responde...

VIZCON. Es usted, Inés, divina!...

INES. Mil gracias, señor vizconde.

ALFRED. (*A Beatriz.*)
Perdone usted: distraido...

BEATRIZ. Y cómo en este rincon,
señor cartujo, le ha ido?

ALFRED. Qué falta hago en el salon?
(*Estrechándola la mano.*)
Te sientes mala, querida?

INES. No, Alfredo...

ALFRED. Tu palidez
es tanta, que fué de huida
el buen color de tu tez...

LUIS. (*Aparte.*)
Cómo padece!...

INES. (*Aparte.*)
Infeliz!

ALFRED. No es verdad, amada Inés,
que sienta bien á Beatriz
este tocado?...

INES. Así es...

VIZCON. Y tanto, que resplandece
como nunca su belleza.

ALFRED. Señor vizconde, parece
que usted á aplaudir empieza
lo que ha mucho tiempo brilla...

VIZCON. Alfredo, el mejor cristiano
siempre dobló la rodilla

á la Venus del Ticiano;
y Venus es una diosa
de distinta religion...

BEATRIZ. Señor vizconde, no es cosa
de que siga el parangon.

ARTURO. (*Entrando y viendo al General.*)
Aquí está; yo le prometo
que asi como su vejez
exije de mí respeto...
yo se lo exijo á mi vez.

GENERA. Bien, sobrino: te has portado...

ALFRED. Si viera usted lo que pasa
en mi corazon!...

GENERA. Cuidado!

ALFRED. Toque usted; mi mano abrasa.

MANRIQ. (*Entra y se dirije á Alfredo: en voz baja.*)
Alfredo...

ALFRED. Manrique amigo...

MANRIQ. El vizconde me elijió...

GENERA. (*Se retira á un lado con Manrique.*)
Entonces, acá conmigo
que su padrino soy yo.

ARTURO. No se ha de reir el viejo:
me ha dado tres pisotones
y yo he de abrirle el pellejo...
Vive Dios!...

MANRIQ. (*Al General.*)
Las condiciones
son duras...

GENERA. Las quiere asi...

MANRIQ. No hay otras?... Acepto, pues.

ALFRED. (*Apoyándose en el brazo de Luis.*)
Véngase usted por aquí...

INES. Beatriz...

BEATRIZ. Qué te pasa, Inés?

INES. (*Reportándose.*)
Nada...
(*Beatriz habla con algunos caballeros que la rodean.*)

ALFRED. Castro, tengo un lance
con el vizconde, y espero
de usted en tan duro trance
un favor de caballero.

LUIS. Disponga usted, como guste,
de mí.

ALFRED. Por que Inés mañana

no se alborote y asuste,
si alguna lengua villana
le contare...

INES. (*A Beatriz.*)
Dí, qué harán
Alfredo y Luis tan callando...

BEATRIZ. Qué se yo!

INES. No ves?...

BEATRIZ. Qué afan!
Es muy claro: están hablando.

LUIS. Bien, Alfredo: la diré
que el tal lance se efectuó,
que libre ha salido usté
y que el padrino fuí yo.

ALFRED. Finjamos, Luis, que nos mira...
cuidado, que es singular
el mundo; todo es mentira.
(*Se dirigen del brazo á donde está Beatriz é Inés, cercadas de otros caballeros.*)

LUIS. La risa, como el pesar...

INES. Ay! respiro...

MANRIQ. (*Se dan las manos.*)
Así lo haré...
Señor General...

GENERA. Adios.

ARTURO. General...

GENERA. (*Mirando.*)
El pollo...

ARTURO. Eh!...
Tenemos que hablar los dos...

GENERA. Despues... mañana... otro dia.

ALFRED. No puedo aguardar, que es grande,
señor, la impaciencia mia:
no espere usted que me ablande...
Tres pisotones...

GENERA. Me voy...
Qué niño!... Me compromete
á que...

ARTURO. Mis respuestas doy
con la punta del florete...

GENERA. Conque usted me desafia?...

ARTURO. Si señor..

GENERA. Usted se empeña...
en que los dos...

ARTURO. No se ria...

GENERA. El niño delira ó sueña...
Está bien... Y qué dirán
si yo?... Quince años...

ARTURO. Es que,
Señor, *la valeur n'attend
point le nombre des années.*
No admito disculpa humana...
(Marcándola con el baston.)
Una segunda y al suelo...

GENERA. Le voy á comprar mañana
fléuri, cartilla y pañuelo.

MANRIQ. *(En voz baja al vizconde.)*
Corriente...
(Se oye la orquesta.)

GENERA. *(A Alfredo en voz baja.)*
Corriente...

BEATRIZ. *(Toma el brazo del vizconde.)*
Llama
la orquesta... al salon, señores...

ARTURO. Cada galan con su dama...
(Luis sigue con sus miradas á Inés.)

INES. *(Tomando el brazo del General.)*
El brazo.

GENERA. Con mil amores.

ARTURO. Qué noche! Toda es placer!...

BEATRIZ. Caballeros á bailar...

INES. *(Aparte.)*
Corazon, á padecer!

ALFRED. Corazon, hay que esperar!
(Alfredo se sienta en una silla, don Luis permanece de pié. Cae el telon.)

FIN DEL ACTO TERCERO.

ACTO CUARTO.

La misma decoracion del acto primero.

ESCENA PRIMERA.

El General *embozado.* Blas.

Blas. Qué manda vuecencia?
Genera. Dí
á mi sobrino que estoy
de prisa.
Blas. Al instante voy.
(*Se entra por la puerta de la izquierda.*)
Genera. Corriendo : le espero aquí.

ESCENA II.

GENERAL.

Quién lo creeria! A mi edad!...
Metido en tan duro trance!...
Porque este lance es un lance
de responsabilidad.
(*Se desemboza.*)
Inés... mi sobrino... Un loco
es el vizconde y de atar.
Meterse en averiguar!...
Si le matan, aun es poco.
Y la mañana está fria...
Caramba!... Qué buena cosa
es en Madrid la pañosa!
Yo nunca dejo la mia,
ni el gaban... Algunos van
con este solo... no yo,
que siempre me pareció
débil muralla un gaban
cuando el Norte se destapa;
porque al fin de este ropon
es cómoda la invencion
llevando encima la capa.
Y en esta gresca el sobrino
lleva razon... Humillarla!
En su presencia insultarla!
No quedaba otro camino.
Yo no le he dicho... ni quiero
decir... La razon le sobra;
matar al vizconde es obra
de escelente caballero.
Aquí está.

ESCENA III.

ALFREDO. GENERAL. BLAS.

ALFRED. (*A Blas que se marcha en seguida.*)
Vino el carruaje?
GENERA. Cómo te sientes?
ALFRED. Dispuesto
á todo: quien me habla de esto
me infunde mayor coraje.
GENERA. Has visto á Inés?
ALFRED. Desde anoche,
no señor.
GENERA. Y no te habló?
ALFRED. Mucho en silencio lloró!
ARTURO. Qué mas?
BLAS. (*Desde la puerta.*)
Ha venido el coche.
(*Se retira.*)
ALFRED. Que espere.
GENERA. No has procurado
indagar?...
ALFRED. Y para qué?
Si estoy seguro, si sé
que Inés no me ha deshonrado!
Inés podrá haber cedido
al recuerdo poderoso
de otro amor; mas de su esposo
la fama no echó en olvido.
Ese recuerdo será
de influencia pasajera.
GENERA. Sobrino, y si no lo fuera?
ALFRED. Entonces...
GENERA. Qué?
ALFRED. Dios dirá!
De todas maneras, tio,
yo creo que hice muy bien
en ser prudente.
GENERA. Tambien
es ese el dictámen mio.

ALFRED. Que ignore el mundo, señor,
el motivo de este duelo;
echemos al lance un velo,
que es un espejo el honor!
Si mato al vizconde, oculto
debe quedar el motivo;
y si es el vizconde el vivo,
amores no dificulto
de nadie, amores que son,
muriendo yo, permitidos.
GENERA. No están hoy correspondidos?
No te engaña el corazon?
ALFRED. No lo sé; mas se me alcanza
que el dicho de usted dolor
me dá, y me quita el valor
quitándome la esperanza.
Así, pues, no hablemos ya
de lo que el lance provoca;
demos un punto á la boca,
que en ello no perderá
mi buena opinion.
GENERA. (*Mirando el reloj.*)
Ya es tarde.
ALFRED. Dieron há poco las diez.
GENERA. Sé puntual por esta vez.
ALFRED. No ir á tiempo es de cobarde,
y no lo soy.
GENERA. Vamos, pues.
ALFRED. No tan pronto, porque quiero...
GENERA. Dentro del coche te espero.
ARTURO. Necesito hablar á Inés.
No tardaré.

ESCENA IV.

ALFREDO.

Ya llegó
la hora, valor; que nunca
se diga, Alfredo, de tí
que vengaste las injurias

con otras y mucho mas,
cuando aparecen confusas.
Arbitra Inés de su suerte,
si en otros amores funda
su bienestar, su reposo,
del corazon la ventura,
viva feliz sin que el dardo
de mi presencia importuna
penetre en el bien que goce
con su emponzoñada punta.
Inés!

ESCENA V.

ALFREDO. INES.

ALFRED. Te esperaba, Inés.
INES. Qué exiges de mí?
ALFRED. Te asusta
el tono de mis palabras?
No merece esa pregunta
el deseo natural
de una esplicacion.
INES. Segura
estoy de mi proceder;
si no me aterran calumnias,
tampoco las apariencias
me importan, siempre que puras
conserve ante la justicia
de Dios mi fama y la tuya.
ALFRED. Pero es el caso, señora,
que en el mundo se acostumbra
á juzgar y á decidir
por lo que en él se vislumbra;
es el caso que mi afrenta
ayer ha sido tan pública...
INES. Alfredo, tiento en la lengua,
que no hay afrenta ninguna.
Yo sé del honor el precio;
sé que en la tierra no hay suma
de amores ni de grandeza

que me sirvan de disculpa
si le pierdo: aunque muy pobre,
honrada ha sido mi cuna
y mientras viva he de serlo,
y honrada me iré á la tumba.

ALFRED. Bien, Inés: lo que tú quieras,
y esas lágrimas enjuga
que conmovida derramas,
pues temo, si continúan,
que esplicaciones urgentes
entre los dos interrumpan.

INES. Obedezco, y algun dia
sabrás la mortal angustia
con que las vierte el dolor
que aquí violento me punza.

ALFRED. Inés, ayer de mañana
con la verdad del que juzga
muerto el amor de otros años,
me ofreciste la pintura
de tu vida de tal modo,
que el alma y la lengua mudas,
no tuve mas que mis ojos
para adorar tu hermosura
y pedirte que olvidáras,
Inés, sospechas injustas.

INES. Y no te engañaba, no!

ALFRED. Lo creo: despues sin duda
tu mala estrella y la mia
que por lo visto iban juntas,
envidiosas de la paz
de nuestro hogar, iracundas
me arrojaron á un abismo
de confusiones tan turbias,
que al punto empecé á dudar...

INES. La vuelta de Luis?...

ALFRED. Escucha:
anoche en el baile, cuando
el vizconde con inmunda
narracion se divertia
en dar á mi honor tortura,
yo le escuché, muy tranquilo
al parecer, con estúpidas
carcajadas, fingimientos
del hombre que en vano busca
un velo para tapar

el vil borron que le ensucia;
pero en mis venas la sangre
saltaba como la espuma
del mar que chisporrotea
del huracan por la furia;
y ante mis ojos ardia
esa antorcha que no alumbra,
la antorcha de la venganza
ante la afrenta que insulta...
y callé por tu decoro,
porque ante las gentes se usa
callar, y al vizconde dí
pretesto, á veces ayuda,
y los dos nos divertimos
con mi honor; y entre las burlas
de un villano y la prudencia
de un hombre que no se ofusca,
la honra de mi familia
era un juguete!... Fué mucha
la serenidad anoche
del hombre que no te acusa,
porque crée de corazon,
Inés, que no tienes culpa!

INES. Y esa es la verdad, Alfredo:
de aquella ruin barahunda
que armó insolente el vizconde,
no he sido cómplice. En pugna
mi deber con un recuerdo
que avergonzado se oculta.
saldrá el primero triunfante
de tan repentina lucha.
No sé lo que en mí se pasa:
sobre el corazon se agrupan
sentimientos encontrados
que se rechazan; fluctúa
mi razon; si pienso en tí,
de pronto la imágen suya
se me aparece: perdida
en tal laberinto, escusas
le demando á mi razon
y mi razon me repulsa.
Alfredo, dame tu apoyo;
huyamos de tan profunda
confusion; soy inocente;
tu Inés, ante Dios lo jura!

ALFRED. Ya lo sé; que no se cambia
sin esponerse á la ruda
reconvencion de las gentes,
por alegrias presuntas,
el bienestar que en el seno
de la virtud se disfruta.
Sabes tú lo que es vivir
en esa infame coyunda
que llama la sociedad
amorosas aventuras?...

INES. Alfredo!

ALFRED. La adulacion
por el momento deslumbra
á la mujer; la lisonja
tan cautamente la arrulla
y engalana su torpeza
con tal variedad de plumas,
que mal su grado se engaña
la condicion mas astuta.
Pero en el fondo no hay paz,
no hay felicidad: repugna
el mismo placer que halaga;
alli la conciencia aguza
sus flechas y para siempre
allí las clava y sepulta...
Y cuando pasa el capricho
en que la pasion se funda,
cuando al fin se desvanecen
las ilusiones impuras
y alza su frente el desprecio,
y el grito fúnebre zumba
de la conciencia implacable,
entonces las vestiduras
no bastan, ni las preseas,
ni los adornos de púrpura
para volver al semblante
marchito su galanura,
que en él estampa su sello
la degradacion que triunfa,
dejando en él enclavadas
del desohonor las arrugas.
Y entonces la sociedad
tambien el látigo empuña
del escarnio y la ironía
y su magestad augusta

vindica, y los desvarios
en vez de amenguar abulta,
y la mujer infeliz
por mas que do quier acuda,
no encuentra, Inés, á pesar
del gran dolor que la abruma,
sino hombres que la desprecien
y mujeres que la escupan.

INES. (*Levantándose.*)
Alfredo!... Basta de oir
acusaciones, si acusas;
cesen ya los improperios,
Alfredo, si es que me insultas!...
Aun puedo mirar tranquila
á esa sociedad injusta
que es muchas veces la causa
de ser la mujer perjura
y otras tiene el monopolio
de pretensiones absurdas...

ALFRED. Inés?

INES. Yo sé le que exije
la nobleza de mi alcurnia,
sé lo que debo á los nombres
de Pimentel y de Zúñiga
unidos en los altares
al nombre de Covarrubias,
y porque lo sé, mis ojos
te miran y no se nublan;
y porque lo sé, ya es hora
de que mis palabras suban
hasta tí, que te pregunten
de qué manera se ocupan
en la sociedad las gentes,
de una mujer que á la brusca
voluntad cedió de un padre
y ahogó la pasion aguda
de su amor con el dogal
de su deber!... La pintura
no fué exacta; te olvidaste
de retratar una á una
las penas del corazon
que calla por mas que sufra;
el secreto de esas lágrimas
que se vierten infecundas
para el bien; esa agonía

que crece entre fiesta y bulla,
y hasta el umbral de la muerte
callando á la vida empuja:
esa hiel encarnizada,
y esos dardos que se cruzan
y hieren y martirizan
incansables, sin que aturdan
la razon y sin que logren
de la virtud que sucumba!...
Qué nombre le dan á aquella
que los lazos desanuda
de su amor? Qué nombre dan
á la que sin tregua lucha
y vence al fin y presenta
clara la frente y desnuda,
sin miedo á que la desprecien,
sin temor á que la escupan?...

ALFRED. Inés!... Inés!... Mi partido
tomé ya; de mi fortuna
la mitad es para tí,
si lejos de mí aseguras
tu felicidad....

INES. Y el mundo?
Y mi opinion? Y la tuya?...

ALFRED. Un viaje será el pretesto...
Decide, Inés, lo que cumpla
mejor á tu voluntad,
los miramientos arrumba.
O vivir en la abundancia
sin que lecciones insulsas
por ser mias te molesten,
ó abandonar con premura
á Madrid, hoy mismo, Inés...
(*Mirando el reloj.*)
Ya es tarde, adios!...

INES. El te acuda!...

ESCENA VI.

INÉS.

Y así se premia el combate
de la virtud contra el vicio!
Al corazon que aquí late
sin embargo no le abate
lo estéril del sacrificio!
La lucha está ya empeñada
entre el deber y el honor!
Situacion desventurada!
Si sucumbo... el deshonor!
Si salgo trinfante... nada!
Frialdad!... Ni un solo acento
de paz en su despedida!
Y él sabe que yo no miento,
y sabe que el sentimiento
puede costarme la vida!
No me atormentes, historia
de ese amor, que un crímen es,
así como fué mi gloria!
Virtud, apadrina á Inés
en contra de su memoria!
Alfredo!... Luis!... No vendrá...
por última vez me habló
anoche y no insistirá!
Así me lo prometió,
y fiel me lo cumplirá!
Y si volviera!... seria
hacerme un insulto á mí...
y yo le castigaria
con mi desprecio... eso sí...
mas no le aborreceria!

ESCENA VII.

INES. LUIS.

INES. Luis!
LUIS. Ines!
INES. Entre los dos
no hay lazo ya que nos una;
de esta visita importuna
la cuenta le toca á Dios,
no á mí; que yo de ella infiero
que es usted, y no le asombre,
como los demas, un hombre
cualquiera, no un caballero.
LUIS. Asi me recibe usté
porque falto á su precepto?
INES. No gana mejor concepto
quien miente palabra y fé.
LUIS. Me he visto obligado yo
á faltar á mi promesa...
INES. Donosa disculpa es esa!...
LUIS. Usted no la admite?
INES. No.
LUIS. El mismo Alfredo ha querido
que yo viniera en persona...
Inés!... Tampoco me abona
la voluntad de un marido?...
INES. No comprendo...
LUIS. No es la cosa
tan difícil, sin embargo...
INES. Qué razon?...
LUIS. Tengo á mi cargo
tranquilizar á la esposa...
INES. Qué ha sucedido?
LUIS. En un duelo,
Alfredo, con el vizconde...
INES. En dónde está Alfredo? En dónde?
decídmelo... por el cielo!...
Qué sucede? Qué ha pasado?
al punto... Saberlo quiero.
Si es usted buen caballero,
no hay que engañarme... Cuidado!

LUIS. Sano y salvo está...
INES. Ay! respiro:
gracias mil por su bondad!...
De entera felicidad
es este el primer suspiro!...
A qué hora fué?...
LUIS. Yo le ví
á cosa, Inés, de las nueve.
INES. Razon del duelo?...
LUIS. No debe
decirse á nadie...
INES. Ni á mí?...
Quién fué su padrino?...
LUIS. Quien
al traer á usted noticias
agradables, por albricias
recibe ingrato desden.
INES. Y Alfredo fué?...
LUIS. Vencedor...
INES. Se batió con bizarría?
LUIS. Como hombre que defendia
en la honra de usted su honor!...
INES. Ay! Conque es mi nombre mengua?...
LUIS. Inés...
INES. Ya escándalo ha sido!...
LUIS. No hay honra que no haya herido
del tal vizconde la lengua...
INES. Y Alfredo... Qué humillacion!...
¡Oh! Qué noble proceder!...
desde hoy su esclava he de ser...
No es otra mi condicion.
LUIS. No es él solo; alguno habrá
que en mas terrible contienda
tu honra tambien defienda...
INES. Pero él se ha batido ya...
Y no ha esperado á decir...
«Voy á defender tu honor,»
cuando es callado el valor
es mucho mas de aplaudir.
LUIS. No hay tiempo, Inés, que perder
en ilusoria esperanza;
de Alfredo al fin la venganza
sobre tí vendrá á caer...
Toda precaucion es poca;
por penetrar, nos acecha,

en este amor...
INES. No sospecha;
lo sabe ya por mi boca.
LUIS. Huye al punto que perdida
estás, si obstinada aquí...
INES. Jamás...
LUIS. Inés, piensa en tí!
INES. De qué me sirve la vida?
De mí no exijas que huya!..
Su vida espuso este dia...
yo haré que guarde la mia
para cuidar de la suya.
Vete, Luis.
LUIS. Y es eso amarme
con un amor verdadero?...
INES. Por lo mismo que te quiero,
no intento, Luis, deshonrarme.
(*Rüido dentro.*)
LUIS. Ya no es tiempo.
INES. Ay infeliz!
Venganzas justas provoco...
LUIS. Serénate, Inés! un poco.
BEATRIZ. (*Dentro.*)
Inés, Inés...
INES. Ay!... Beatriz...

ESCENA VIII.

INÉS. BEATRIZ. LUIS. ARTURO.

BEATRIZ. Inés, Inés...
INES. Qué ha pasado?...
Tan grande inquietud me estraña....
BEATRIZ. Sin embargo, es natural:
te quiero con toda el alma
y esta es le razon por que
me encuentras hoy en tu casa.
INES. No te comprendo, Beatriz...
Qué significan palabras
que llegan á mis oidos
de tal manera embozadas?
Me esplica usted?
LUIS. Yo... no sé...

BEATRIZ. No te sorprendan. Buscaba
á Alfredo: hablarle queria
de un asunto de importancia
á solas... y al verte aquí...
con Luis... y tan de mañana...
Alfredo, Inés, Dónde está?...

INES. No sé: tú pregunta llama
mi atencion.

BEATRIZ. Es que... me han dicho...

INES. Lo del vizconde?... Ya se habla
por Madrid...

LUIS. (*Con intencion á Beatriz.*)
Inés lo sabe;
(*Miradas de inteligencia entre Luis y Beatriz: inquietud en Inés; incredulidad.*)
yo vine á tranquilizarla.
Alfredo dejó bien puesta
con el vizconde su fama,
y libre está de ese lance...

BEATRIZ. De veras? Mucho me agrada
la nueva.

ARTURO. Pues qué hora es?

INES. Las once y media.

BEATRIZ. (*En voz baja.*)
Se calla
en estos casos, Arturo...

INES. (*Sorprendiendo las miradas de Luis y de Beatriz.*)
Por qué le riñes?... Qué pasa
entre ustedes, que se miran
con intencion tan marcada?
No puedo saberlo yo?
Qué se me oculta, ó no alcanza
mi razon á penetrar?
Me habrán engañado y faltan
al corazon otras penas
que sufrir, otras desgracias
que lamentar, porque sea
imposible remediarlas?
Por qué calla usted, Rivera?
Por qué tú los ojos bajas?
No merezco que respondan
á mis humildes instancias?

BEATRIZ. Yo he dicho lo que sabia...
si mas supiera... mi franca
amistad...

LUIS. Inées, deseche
(*Arturo saca del bolsillo una carta; la desdobla y lee.*)
usted presunciones vanas...
Alfredo salió del lance
mejor de lo que pensaba.
(*Inés observa alternativamente á Beatriz, á Luis y á Arturo.*)

ARTURO. (*Aparte.*)
No lo entiendo: á mí el vizconde
me dice... La frase es clara.
Muy clara... A las once.

INES. Arturo...

ARTURO. Qué quiere usted?

INES. (*Al mismo tiempo que habla con Arturo, procura no perder las miradas de Beatriz y de Luis.*)
Esa carta
de quién es?...

BEATRIZ. Válgame Dios!
De algun otro tarambana
como él...

INES. Usted me permite
que yo la lea?

BEATRIZ. No basta
que yo te lo diga, Inés?...

ARTURO. (No sé qué hacer...)

INES. Una dama
le ruega á usted, caballero...
Los nobles tienen á gala
complacer á las señoras...

ARTURO. (Perdónenme las miradas
de Beatriz...) Escuche usted...
(Ocultaré lo que trata
del lance con su marido
y asi su temor se calma.)
(*Leyendo: Inés tiene fija la vista unas veces en la carta y otras en Beatriz y en Luis: al dar fin á la lectura, Inés le arrebata la carta y lee el último renglon.*) — «Mon cher Arturó; la journée es completa. Envieme usted de suite sus pistolas, parceque j'en ai besoin. A las tres de la tarde tengo un lance con Luis y etc. etc. etc.»

INES. «Y con Alfredo á las once!»

BEATRIZ. Inés, los duelos acaban
en la fonda.

INES. No los duelos
del honor, que siempre matan...
Alfredo!... Alfredo!... Por mí
sin ostentar arrogancias
futuras, corre á la muerte...
en tanto que yo... insensata!...
(Paseándose con agitacion.)
Y este es el hombre que nunca
mentia... á quien adorabas
por leal y caballero...
por quien amarguras pasas
tan grandes que no te ahogan
porque es mas pena guardarlas...
Este es!... Y mientras Alfredo
por mi decoro batalla,
él aqui me compromete,
me precipita, me infama,
proponiéndome una fuga
criminal... Desventurada!
Quién te quiere de los dos
con mas amor en el alma!
(Tira de la campanilla con violencia: aparece Blas.)
El coche.
BEATRIZ. Y á dónde vas?
INES. Beatriz, pregunta escusada!
Y Alfredo? Le quiero ver,
le quiero hablar... me hace falta.
BEATRIZ. Dirán que te has vuelto loca.
INES. Tendrán razon.
BEATRIZ. Que te arrastras
á mendigar del vizconde...
INES. No importa.
LUIS. Dirán que es farsa
tal delirio...
INES. Y mentirán.
LUIS. *(En voz baja.)*
No faltará quien las causas
indague de ese arrebato...
INES. Hará bien...
BEATRIZ. Con mas audacia,
por verte mas infeliz,
sobrarán gentes que traigan
calumnias á la memoria...
INES. Me alegraré si me ultrajan.
BEATRIZ. Inés, Inés!...

LUIS. (*En voz baja.*)
Sobre Alfredo
podrá recaer la tacha
de cobarde, y sobre usted
podrá caer la de infamia...

INES. Pero usted tiene derecho?...
Cuando se miente no se alzan
los ojos, señor de Castro,
y usted me ha mentido... Basta
de reflexion, de consejos...
que no conducen á nada.
(*Tira de la campanilla repetidas veces: Blas.*)
El coche, el coche al instante,
que mi paciencia se cansa...

BEATRIZ. Y sabes acaso tú
en dónde están?

INES. La eficacia
me hará saber...

BEATRIZ. Como loca
irás por calles y plazas
preguntando?

INES. Lo sabré
(*Tirando con mas fuerza aun de la campanilla.*)
del vizconde en la morada...
(*Gritando al mismo tiempo.*)
El coche...
(*Mirando al reloj con desesperacion.*)
Las doce ya!
(*Ruido de un coche.*)

BEATRIZ. Inés!

INES. Jesus! Dios me valga!
Despues de algunos momentos de silencio, aparecen el General primero, despues Alfredo.)

ESCENA ULTIMA.

INES. BEATRIZ. LUIS. ARTURO. GENERAL. ALFREDO.

INES. (*Precipitándose en los brazos de Alfredo.*)
Alfredo!... A mis brazos ven!
ALFRED. Inés!
GENERA. Sobrinita, asi!
Qué, no hay otro para mí?
INES. (*Le abraza.*)
Querido tio; tambien!
ALFRED. Por qué te afliges?
BEATRIZ. (*A Inés.*)
No llores.
LUIS. Doy á usted mi enhorabuena.
ALFRED. Yo á usted gracias por la pena
que se ha tomado.
BEATRIZ. Esas flores
que se desprenden, Inés,
en cada lágrima queden
para luego, porque pueden
ser recogidas despues.
ALFRED. Y ahora.
BEATRIZ. Y cómo?
ALFRED. (*Tomando las manos de Inés*)
Es muy llano:
sobre su mano caidas,
las tiene usted recogidas
por mi boca de su mano.
(*Besándolas.*)
BEATRIZ. No parece usted marido
de Inés.
ALFRED. Pues, Beatriz, lo soy,
y no me duele ser hoy
lo mismo que ayer he sido.
ARTURO. Y del vizconde... se sabe?
ALFRED. No está bueno.
ARTURO. Un arañazo...
GENERA. Caballerito, un balazo.
ARTURO. La herida será?...

ALFRED. Muy grave.
BEATRIZ. (*Riéndose.*)
Pobre vizconde!
ARTURO. Qué mengua!
ALFRED. No la hay en salir herido.
GENERA. Cuatro muelas ha perdido
y la mitad de la lengua.
ARTURO. Es decir que tira mucho
Alfredo....
GENERA. Yo se lo fio.
Discípulo de su tio!
ARTURO. Cáspita! Qué es lo que escucho?
ALFRED. (*A Inés en voz baja.*)
Qué tienes? Esa tristeza,
señora, qué viene á ser?
INES. Que tú has cumplido un deber,
Alfredo, y que el mio empieza.
ALFRED. Prudencia!
INES. Por un momento
atencion pido á los tres.
ARTURO. No somos cinco?
INES. Así es;
á los cinco, y va de cuento.
Rivera, que está delante,
fué allá en mis años primeros
la flor de los caballeros
y algo mas, pues fué mi amante.
Don Luis de Castro su sino
puso en mi amor: pero luego
de dos parientes al ruego
cambióse nuestro destino.
Y en tanto que él, por llenar
obligaciones viajaba,
yo en Madrid me esclavizaba
á Alfredo sin murmurar.
A los dos años... mi cuento
tropieza aquí, y no se espanta
del tropezon con la santa
voluntad de un testamento.
A los dos años volvió,
como en mis años primeros,
la flor de los caballeros,
mas galan que se marchó.
Rendido estuvo á mis piés
anoche, y en su alegría,

« no me caso, me decia,
» si usted no me casa, Inés.»
Así, pues, con un derecho
que no es de Luis, sino mio,
y el testamento de un tio,
el matrimonio está hecho...
(*Enlazando las manos de Luis y Beatriz.*)
Y ojalá que en la ventura
que en el mundo los espera,
me guarden á mi siquiera
un recuerdo de ternura!

BEATRIZ. Querida Inés, tu amistad...

ALFRED. (*Aparte.*)
Pobre Inés!

LUIS. Cuánto padece!
Su sacrificio merece
otro mas grande en verdad.

GENERA. Serás la madrina?

INES. Yo?

BEATRIZ. Seguro.

ALFRED. No hay que dudar...

LUIS. Alfredo, quisiera hablar
con ella á solas...

ALFRED. Pues no!...
Hable usted...
(*Alfredo, Beatriz, General y Arturo hablan en secreto.*)

LUIS. Ya sin colores
brillantes y sin aroma,
pues que tuyas fueron, toma
y guarda mucho esas flores...
(*Dándole el ramo y el pañuelo.*)
que en sus hojas guarecida
alguna lágrima ardiente
andará, postrer presente
de amor, en mi despedida...

ALFRED. Ramo y pañuelo... La accion
es buena!
(*Inés le da el ramo y el pañuelo.*)

INES. Son tus despojos...

ALFRED. Acabe, Inés, la afliccion...

INES. Ultimas memorias son
que se salen por los ojos...
Beatriz, la boda al momento.

BEATRIZ. Cuando quieras.

INES. (*En voz baja á Alfredo.*)
Y despues
un viaje á París.
ALFRED. Consiento.
INES. Mañana.
BEATRIZ. Corriente, Inés,
si es ese tu pensamiento.
GENERA. Olvido de lo pasado
y almorzemos, vive dios!
que hambre tengo de soldado.
ARTURO. General... Se le ha olvidado?
GENERA. Abracémonos los dos!
(*Se abrazan.*)
INES. Alfredo!
ALFRED. Inés, alegria,
y ensancha ese corazon
que es muy glorioso este dia;
la virtud y la razon
triunfaron, hermosa mia.
No temas que maldiciente,
los hechos desfigurando,
el mundo tu historia cuente,
que el mundo se calla, cuando
la virtud alza su frente.

FIN DE LA COMEDIA.

JUNTA DE CENSURA DE LOS TEATROS DEL REINO.

Madrid 26 de Setiembre de 1851.

Aprobada y devuélvase.

Juan Valero y Soto.

Artículos de los Reglamentos orgánicos de Teatros, sobre la propiedad de los autores ó de los editores que la han adquirido.

«El autor de una obra nueva en tres ó mas actos percibirá del Teatro Español, durante el tiempo que la ley de propiedad literaria señala, el 10 por 100 de la entrada total de cada representacion, incluso el abono. Este derecho será de 3 por 100 si la obra tuviese uno ó dos actos.» *Art.* 10 *del Reglamento del Teatro Español de* 7 *de febrero de* 1849.

«Las traducciones en verso devengarán la mitad del tanto por ciento señalado respectivamente á las obras originales, y la cuarta parte las traducciones en prosa.» *Idem art.* 11.

«Las refundiciones de las comedias del teatro antiguo, devengarán un tanto por ciento igual al señalado á las traducciones en prosa, ó á la mitad de este, segun el mérito de la refundicion.» *Idem art.* 12.

«En las tres primeras representaciones de una obra dramática nueva, percibirá el autor, traductor, ó refundidor, por derechos de estreno, el doble del tanto por ciento que á la misma corresponda. *Idem art.* 13.

«El autor de una obra dramática tendrá derecho á percibir durante el tiempo que la ley de propiedad literaria señale, y sin perjuicio de lo que en ella se establece, un tanto por ciento de la entrada total de cada representacion, incluso el abono. El máximum de este tanto por ciento será el que pague el Teatro Español, y el mínimum la mitad.» *Art.* 59 *del decreto orgánico de Teatros del Reino, de* 7 *de febrero de* 1849.

«Los autores dispondrán gratis de un palco ó seis asientos de primer órden en la noche del estreno de sus obras, y tendrán derecho á ocupar tambien gratis, uno de los indicados asientos en cada una de las representaciones de aquellas.» *Idem art* 60.

«Los empresarios ó formadores de Compañías llevarán libros de cuenta y razon, foliados y rubricados por el Gefe Político, á fin de hacer constar en caso necesario los gastos y los ingresos.» *Idem art* 78.

«Si la empresa careciese del permiso del autor ó dueño para poner en escena la obra, incurrirá en la pena que impone el art. 23 de la ley de propiedad literaria » *Idem art.* 81.

«Las empresas no podrán cambiar ó alterar en los anuncios de teatro los títulos de las obras dramáticas, ni los nombres de sus autores, ni hacer variaciones ó atajos en el testo sin permiso de aquellos; todo bajo la pena de perder, segun los casos, el ingreso total ó parcial de las representaciones de la obra, el cual será adjudicado al autor de la misma, y sin perjuicio de lo que se establece en el artículo antes citado de la ley de propiedad literaria.» *Idem art.* 82.

«Respecto á la publicacion de las obras dramáticas en los teatros, se observarán las reglas siguientes:

1.ª Ninguna composicion dramática podrá representarse en los teatros públicos sin el previo consentimiento del autor.

2.ª Este derecho de los autores dramáticos durará toda su vida, y se transmitirá por veinte y cinco años, contados desde el dia del fallecimiento, á sus herederos legítimos, ó testamentarios, ó á sus derecho-habientes, entrando despues las obras en el dominio público respecto al derecho de representarlas.» *Ley sobre la propiedad literaria de* 10 *de junio de* 1847, *art.* 17.

«El empresario de un teatro que haga representar una composicion dramática ó musical, sin previo consentimiento del autor ó del dueño, pagará á los interesados por via de indemnizacion una multa que no podrá bajar de 1000 reales ni esceder de 3000. Si hubiese ademas cambiado el título para ocultar el fraude, se le impondrá doble multa.» *Idem art.* 23.